



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

CHAMBI * ARBOLEYDA * CASTRO * CAZORLA * ZUÑIGA * LÓPEZ MANZANO



El hombre que nombra y otros relatos





Créditos



© 2015 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2015 Merlin Chambi, Isabel Arboleyda, Pedro Castro, Fares Cazorla, Daniel Zuñiga y Pedro López Manzano.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Elton Honores, Carlos de la Torre Paredes, Christian Campos Alvarado, Yeniva Fernández, Miguel Huertas, Tanya Tinjälä y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 4 : **Diciembre del 2015**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles



Autores



Merlín Chambi

(Tacna, 1989). Es estudiante de Historia en la Universidad Nacional Federico Villarreal pero escritor de cuentos por obras de la contingencia. Actualmente publica sus cuentos periódicamente en el blog “El Espejo de María Antonieta”.



Isabel Arboleyda

(Veracruz, 1990) Historiadora por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con enfoque en estudios novohispanos. Actualmente es asistente de investigación en la ciudad de Veracruz, México. Eventualmente colabora en proyectos de teatro, danza y literatura.



Pedro Castro

(Lima, 1991) Actual estudiante de ingeniería mecatrónica de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas “Comics For The Classroom”.



Fares Cazorla

(Ayacucho, 1998). Estudiante de la carrera de Biología Marina (UCSUR). En el año 2012 participó en el concurso fotográfico escolar en el marco de la Bienal de fotografía de Lima obteniendo el segundo puesto.



Daniel Zuñiga

(Querétaro, 1993). Estudiante de la Licenciatura en Criminología y Criminalística. Actualmente cursa el séptimo semestre de dicha carrera. Apasionado por la lectura con temática de misterio y terror.



Pedro López Manzano

(Murcia, 1977) Ingeniero informático, montador, guionista y, sobre todo, un cuentista. Ha participado en numerosas antologías de fantasía, ciencia ficción y terror durante los últimos años, y también ha escrito reseñas, artículos y relatos para revistas, portales y un blog Cree lo que quieras.

Índice



Editorial.....	07
El gran negocio.....	08
En la noche.....	13
Aya kuchun: el rincón de los muertos.....	23
El poste.....	29
Urticaria.....	36
El hombre que nombra.....	39
Muro de honor.....	44



Ilustradores



Rafo Núnjar

(Callao, 1982) Diseñador gráfico, ilustrador, musicoterapeuta, constructor de aerófonos inspirados en antiguos artefactos sonoros prehispánicos. El arte antiguo siempre ha inspirado su obra y conducido sus pasos.



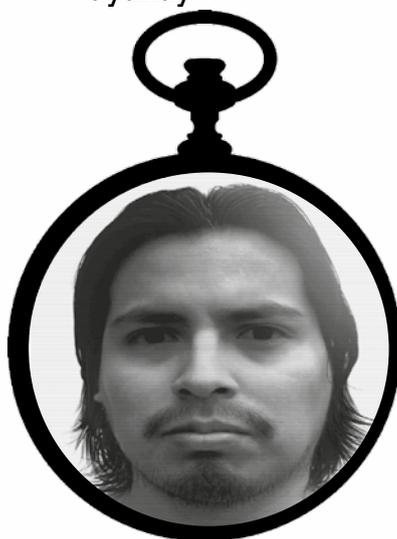
Luis Morocho

(Lima, 1983) Egresado en la Escuela de Bellas Artes de Lima en la especialidad de pintura, creador del comic "El Guachy-man", Director del estudio de ilustración "Camaleón Azul". Integrante de la agrupación de música folklórica peruana "Wayanay".



Pablo Malásquez

(Lima, 1960), Analista de Datos y Diseñador Gráfico y Publicitario, autodidacta, ganador del Premio "El vuelo de la Palabra" (2009), en la modalidad Poesía, organizado por el Ayuntamiento de Badajoz – Extremadura – España.



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987) Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta y pronto lanzará una historieta con el grupo Ferro Producciones.

La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 1 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Editorial



La publicación de este cuarto número se ha dado con algunos imprevistos. En parte por eso hemos demorado un poco. Además, nos hemos dado cuenta que resulta muy complicado publicar en fiestas. De hecho, nuestro anterior número no ha tenido tantas descargas como los anteriores. Por eso, quisimos esperar un poco y ver si esas cifras remontaban. Para ponernos al día, en un par de semanas tenemos que publicar el número correspondiente a enero de la revista. Así que estén atentos, que se viene *Relatos Increíbles* muy pronto nuevamente.

Para este número debo comentarles que ha habido algunos cambios en la composición del grupo que publica esta revista. El escritor Hans Rothgiesser ha asumido la subdirección. También hemos incorporado a nuevos miembros de nuestro comité editorial, todos ellos renombrados escritores de estos géneros. Ellos son: Yeniva Fernández, Elton Honores, Tanya Tinjälä y el español Miguel Huertas, cuya calidad de sus relatos hemos podido apreciar en el primer número de nuestra revista. Todos ellos nos ayudarán en la selección de cuentos para nuestra segunda convocatoria.

En esta oportunidad tenemos al fabuloso cuento de Merlín Chambi como cuento de portada. Se trata de un ser que parece atrapado en una realidad onírica y cuyo destino parece fijamente marcado. ¿Podrá comprender el motivo de su existencia? A su vez, el cuento de Pedro Castro, nos relata un encuentro con seres de otras dimensiones, en donde una especie de conejo alienígena protege al protagonista de ser comido vivo por un ser que habita en nuestros sueños. La historia es realmente emocionante. A su vez, Isabel Arboleyda nos transporta a la fobia a los insectos, cuándo estos parecen invadirlo todo, incluyendo cada centímetro de nuestros cuerpos. Asimismo, Fares Cazorla nos remite al pasado peruano contemporáneo, en donde las deidades andinas y cristianas se encuentran, tratando de conseguir paz para los habitantes de un pueblo que ha sufrido una masacre. Daniel Zuñiga nos relata, en cambio, una historia de absoluto terror. En donde presenciamos como una familia sufre el ataque de unos seres demoniacos que quieren acabar con toda nuestra humanidad. Finalmente, Pedro López Manzano, nos presenta un relato que nos lleva a recordar a personajes de Tolkien. Imperdible.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



El gran negocio

Por: Pedro López Manzano





a inmensa mesa de caoba estaba dispuesta para la reunión, con nueve de los diez miembros del consejo directivo ya acomodados en torno a ella. No solo todos vestían de forma similar, con trajes perfectos confeccionados a medida, sino que el resto de sus rasgos eran también semejantes, tanto que en una rápida descripción se los hubiera calificado como nueve tipos iguales, de cara angulosa, vestidos de negro. Así hubiera sido incluso en un vistazo más detenido, no resultando fácil distinguir a unos de otros.

Mas no se trataba del tipo de personas que uno se detiene demasiado a inspeccionar, pues a pesar de que cierta solemnidad parecía cubrirles, también lo hacía un hálito intangible de inexplicable inconveniencia, que obligaba a cualquiera a retirar los ojos de sus rostros pétreos, rehusar sus miradas y permanecer el mínimo tiempo posible ante sus presencias.

Cada uno tenía frente a sí una carpeta de piel, también negra, que ojeaba distraídamente, saltando de un informe a otro y estudiando cada gráfica representada, que por lo general dibujaba una curva descendiente en una pendiente demasiado cerrada. No eran el tipo de gente que resolpara, pero sí daba la impresión de que más de uno contenía el aliento. El consejero delegado, que se sentaba a la derecha del único sillón vacío, dejó el dossier que tenía en las manos dentro de la carpeta y levantó la cabeza hacia el resto de directivos, encontrando los ojos del vicepresidente económico.

—No es que las cuentas no salgan, es que salen en contra, pero con claridad matemática —le había comunicado unos días atrás—. 16% de caída en industria pesada. 23% en el negocio armamentístico. 41% estimado de pérdidas globales. Y no solo por la crisis económica. Hemos bajado costes, abaratado precios de venta, y seguimos con las mismas.

—¿Y qué podemos hacer para mejorar esos números?

—Francamente, no lo sé. Aumentar el volumen de negocio, pero sin incrementar la fabricación. Tenemos tantas armas en almacén que pronto no sabremos dónde guardarlas.

—Entiendo, buscar negocio. ¿Y del dispositivo Nazg? ¿Alguna noticia?

—No. Seguimos buscándolo.

—Como siempre.

—Como siempre.

El repiqueteo de los dedos del director de internacional contra la madera noble le apartó del recuerdo. Estaba nervioso, todos lo estaban. No veían habitualmente al presidente y propietario, y cuando lo hacían era porque algo excepcional estaba ocurriendo. De hecho habían transcurrido años desde que el consejo en pleno estuviera en la misma habitación por última vez; lo habitual era que se reunieran tres, cuatro a lo sumo, y cuando aparecía el gran jefe, nadie sabía a ciencia cierta qué designios tendrían que seguir.

Sí, existían razones para el nerviosismo. Lo malo era que esa ansiedad se había extendido a todos los escalafones de la empresa, como el champán que desborda las copas desde arriba de una torre y así va llenando las de más abajo. Normalmente parte del mismo sale burbujeando frenético para verterse sobre la mantelería.

—Los muchachos están inquietos, señor —le había informado meses atrás el director de recursos humanos, allí presente.

—¿Qué les pasa ahora a los mercenarios? ¿No les pagamos lo suficiente?

—Preferimos que se les llame sencillamente empleados, pero no. No es eso. Tan solo llevan mucho tiempo parados, y ellos son gente de acción. Están entrenados para matar y como sigan ociosos van a empezar a matarse los unos a los otros. De hecho, ya hemos tenido varios casos...

—No hace falta que me des detalles.

—Quizá podríamos licenciar a unos cuantos miles en lugar de seguir reclutando, sumando unidades sin parar.

—Eso no es decisión suya —como tampoco lo era del consejero delegado, la compartiera o no—. ¿Alguna noticia del dispositivo Nazg?

—No.

—¿Me estás diciendo que de todas las incursiones que hacemos a lo largo y ancho del mundo, en ninguna de ellas obtenemos la más remota pista de dónde está el aparato?

—Así es. Pero es que ya no operamos en tantos escenarios como antes, como en los buenos tiempos.

—En fin... Pues a ver si mantenemos a los muchachos más tranquilos. Que ya volverán los buenos tiempos.

Y desde entonces ese nerviosismo, lejos de disiparse, no había hecho sino crecer. Lo que ninguno de los allí presentes sabía era que uno de los espías más fiables del consejero delegado y, por ende, del presidente le había dado una posible localización del dispositivo, y en gran medida por ello se hallaban allí reunidos.

El Nazg, en el que el propietario de la empresa invirtiera la mayor parte de su capital, había marcado la diferencia años atrás. Así la compañía se había convertido en un holding, creciendo hasta límites inabarcables, engañando, absorbiendo o doblgando a otras sociedades de menor entidad; él mismo aún recordaba con nitidez cómo fue seducido entonces por los beneficios rápidos y fáciles que le prometiera el presidente, disfrazado de amigo. Pero gracias al dispositivo, la espiral no había quedado ahí. Imparable, se convirtió en la empresa más importante del mundo, más poderosa que naciones que antaño fueran imperios. Nadie podía discutir a quien tenía el poder de hundir economías a voluntad o invadir países con el ejército privado más poderoso del mundo, por no hablar de sus gobiernos afines, que solo esperaban una orden de salto del presidente para preguntarle que cuánto de alto.

Pero en aquellos tiempos, los buenos tiempos, que ahora se antojaban remotos, quiso el azar que durante un enfrentamiento contra un consorcio de rivales agrupados para la ocasión, el dispositivo fuera robado. Afortunadamente en ese grupo nunca fueron capaces de entender y manejar tan avanzada ciencia como lo había hecho el presidente. En realidad, nadie excepto este podía explotar todo su potencial tecnológico, pero sí pudieron aprovecharlo lo suficiente como para romper el yugo con que la empresa sujetaba al resto del mundo, alcanzándose una paz salpicada de tensiones. Por supuesto, no se les podía dejar de tener en cuenta, pero dejaron de ser el águila real que vuela por encima de las cabezas de los halcones. O, al menos, eso fue lo que pensaron los halcones.

—Hace tiempo que el consorcio lo perdió, pero he seguido un rastro fresco que me ha llevado hasta una comarca agraria, al noroeste, más allá de las montañas —le había informado el espía hacía tan solo unas horas, provocándole entusiasmo y estupor a proporciones iguales.

—¿Fiabilidad?

—75%.

—¿Y cómo ha acabado el dispositivo en un país tan lejano? ¿¿Y en una zona agraria??

—He encontrado al individuo que lo poseyó un tiempo. Lo encontró de forma fortuita, sin saber lo que tenía entre manos. Y después se lo robó su actual poseedor, que tampoco creo que tenga ni idea.

—¿Crees a ese individuo?

—Es un extraño personaje, pero dice la verdad. Tengo métodos para averiguar este tipo de informaciones. Le he interrogado con la sustancia...

—No hace falta que me des detalles. ¿Qué hay del nuevo poseedor?

—Aquí tengo nombre y lugar de residencia. He pensado que debía proporcionarle esta inteligencia inmediatamente.

—Bien. Yo me encargo desde ahora.

Cuando comunicó el hallazgo al presidente, este convocó inmediatamente la reunión. El consejo directivo en pleno dejó sus tareas de ese momento y acudió presto al llamamiento. Si alguno fuera del tipo de persona que se muerde las uñas, lo estaría haciendo en ese momento, pero

ninguno estropearía su manicura expresando frente a los demás tal signo de debilidad. Ni siquiera lo haría de cara a sí mismo.

No obstante, la impaciencia se podía agarrar a puñados en el aire de la sala de juntas. Incluso fuera de la misma le había abordado el responsable de internacional, quien se hallaba esperándolo solo en la entrada, acción que en condiciones normales jamás habría efectuado.

—¿Sabes qué está pasando aquí? —le preguntó, entrecerrando aún más sus ojos orientales, que se convirtieron en dos rendijas.

—Pronto nos enteraremos todos.

—Algo tienes que saber, eres el consejero delegado. Esta mañana me ha ordenado que viniera a la reunión, pero que antes movilizara a las unidades foráneas.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? Son un ejército completo. Son varios ejércitos. Entre los sureños, la armada y los del este. ¡Decenas de miles de soldados!

—Y a mí también —irrumpió en la conversación el director nacional, recién llegado, que había acudido al oír las voces elevadas de tono—. Estoy preparando a todos los mercenarios del país. Y él ha movido sus hilos en el gobierno para levantar al ejército regular igualmente. Pasa algo gordo.

—Pronto nos enteraremos, él nos lo dirá —zanjó el consejero delegado, inapelable.

Al parecer tampoco sabían que el propietario tenía un nuevo aliado, lejano pero inesperado y poderoso, en un país del oeste que en otro momento fue rival, y que el consorcio de opositores de la empresa seguía considerando su partidario. Todo un lobo enmascarado con piel de cordero, blanca y reluciente como la nieve. Les viniera encima lo que fuera, el presidente parecía que estaba moviendo fichas incluso antes de conocer la reaparición del dispositivo Nazg. Fuerzas nacionales, extranjeras y socios ocultos. Una nueva configuración de poderes girando alrededor de la empresa para hacerla más potente y debilitar a sus enemigos desde todos los frentes.

Una vez dentro, los nueve guardaban silencio tenso. Fuera de aquella sala eran los dueños de cada lugar en el que estaban y de cada situación que vivían, pero entre ellos eran prácticamente iguales, y eso les hacía sentir diferentes. Lanzaban miradas furtivas al consejero delegado, el único que los superaba en rango y que algo tenía que saber, pero éste no delataba nada en sus gestos.

—Buenas noches a todos, os ruego que disculpéis mi retraso —anunció de súbito una voz tras ellos, fulminando el repiqueteo de dedos del director internacional, así como cualquier otro ademán del resto.

No lo dijo en tono de ruego, ni era una disculpa, sino más bien una presentación. Involuntariamente o no, los nueve giraron la cabeza hacia abajo en gesto sumiso, pues si a ellos nadie se atrevía a mantenerles la mirada, ellos no se la dirigían al presidente a no ser que fuera imprescindible.

El hombre aparecido, cuyas dimensiones eran antinaturales, se aproximó hasta el colosal sillón desocupado con un retumbar en el suelo con cada uno de sus pasos y se dejó caer sobre el mismo. Uno a uno, fue escrutando a todos los allí presentes, que le devolvieron la mirada en aquel extraño ritual de dominación para después dejar caer la barbilla de nuevo sobre el pecho. Se trataba de un ser enorme, de proporciones imposibles, y todo en él era enorme, mas no era su tamaño el motivo de su poder. Se trataba de alguien que si observaba desnudaba por dentro, no existiendo nada entre su ojo examinador y el alma del escrutado. Si hablaba, sus palabras eran órdenes incuestionables que se convertían en necesidades imperativas. Si escuchaba, era para conocer los más oscuros secretos, imposibles de esconder.

—El dispositivo Nazg ha aparecido —susurró, lo que con su grave vozarrón constituía un bramido para un público pasmado por la noticia—. Dedicaréis todos vuestros recursos a encontrarlo. Los nueve viajaréis hasta la comarca en que se halla de inmediato. Mientras tanto, yo prepararé la guerra desde aquí.

—¿La guerra? —murmuró tras una pausa alguien del consejo.

—Sí, la guerra. Si mi Nazg cayera en manos del enemigo, podría emplearlo contra nosotros. Tendremos que golpearles primero y así eliminar la posibilidad de que aprendan a utilizarlo y a desplegar su poder.

Tras una pausa se levantó y todos vieron por el rabillo del ojo su excesiva mole saliendo de la sala al ritmo de los pasos atronadores. La reunión había durado apenas un minuto; no tenía por qué prolongarse más.

El consejero delegado descubrió que su presidente no solo podía recuperar el ansiado dispositivo, sino que estaba al tanto de todos los detalles de la compañía y quién sabía de cuántos más. Poseía una visión de conjunto sobre todas las fichas del juego. El mercado armamentístico volvía a los buenos tiempos. Las armas que copaban los almacenes serían utilizadas. Los mercenarios ociosos volverían a matar. Los ejércitos estaban listos. Hasta pensó que la crisis económica que azotaba tanto a ellos como a sus contrincantes les venía tan bien que quizá no fuera accidental. Regresaba la guerra. Regresaba el gran negocio.

Todos desfilaron abandonando la sala y dejando sus butacas vacías. Tenían un largo viaje que acometer y muchos preparativos que realizar. Frente a uno de los sillones, con diferencia el más grande de todos, una placa de oro rezaba solemnemente:

Sr. Oscuro
MORDOR S. A.
Presidente



En la noche

Por: Daniel Zúñiga





El programa comenzó siete minutos después de lo esperado.

Durante todo el día, y semanas anteriores, había sido anunciado tantas veces que se habían saturado los tres medios de difusión y comunicación más importantes. Las grandes cadenas televisivas lo repetían una y otra vez, lo llamaban “una entrevista sobrenatural”. En el comercial, un reportero de estatura mediana y chaleco decía que entrevistaría a un hombre cuyo cuerpo había sido marcado por los rasguños que “el demonio le hacía durante las noches”. Todo sería completamente en vivo, pues los profesionales en el ámbito del ocultismo y espiritismo intentarían ayudar a ese hombre a librarse del mal que lo acosaba. Muchas veces se había visto eso, pero esta vez se aseguraba que era completamente real, no por nada se anunciaba tanto.

El cerebro humano ya deseaba contemplarlo y analizarlo y alimentarse visualmente de él, deseaba saborearlo, degustarlo y sentir satisfacción al hacerlo. Deseaba sentir la adrenalina al verlo, deseaba sentir miedo.

El miedo...

Preparamos palomitas de maíz y algunas otras botanas especialmente a las que se les agrega limón y sal, y refrescos (no cerveza). Acomodamos una mesa frente al televisor donde nueve minutos después (siete después de lo esperado) comenzaría el terror. Terminamos de acomodar todas las cosas y nos sentamos en la cama de mis padres.

La casa donde vivíamos era antigua y mal construida. Nuestra economía familiar era mediana a veces pegándole a lo bajo, pero por lo regular estable. Nunca nos faltó nada, mi padre siempre se encargó de que fuera así. Él trabajaba en una empresa de transportes de mercancía llamada TNU (Transportistas Nacionales Unidos), que recorría miles de kilómetros para entregar aparatos electrónicos a diversas empresas en todo el país. Por lo regular lo veíamos solo los fines de semana; todos los demás días él manejaba un Kenworth T600 con cristales polarizados de un remolque o a veces de doble semiremolque, mientras mi hermana de once años y yo nos dedicábamos a estudiar para poder pensar en un futuro mejor, que era lo que siempre decía mi padre «estudien y todas las puertas se les abrirán fácilmente, estudien para que no tengan que andar como yo fuera de casa toda la semana, apartado de mi familia en un trabajo de alto riesgo y de poca paga. Estudien». Siempre se encargó de que fuera así, de que solo nos preocupáramos por estudiar.

Siendo exactamente las diez de la noche del viernes 23 de octubre, una tormenta estalló en el cielo, las luces de las calles se apagaron por completo dejando solo las de las casas encendidas, la lluvia caía ferozmente sobre la ciudad como intentando aplastarla con sus enormes gotas, los truenos sonaban como sacados de una película de guerra. En la zona boscosa de la ciudad, varios árboles cayeron a causa de varios rayos que chocaban contra ellos; el incendio forestal no se dio, pues la lluvia no lo permitía. En las autopistas hacia los diferentes estados que rodean Querétaro un tráiler que transportaba diesel perdió el control, derrapó y se impactó contra una camioneta con tanques de gas. La explosión afectó también a los de la autopista alterna y provocó más choques. Al día siguiente, el periódico local informaría que se encontraron 323 muertos y había otros 200 desaparecidos, nunca se encontraron. En el centro de Querétaro, un adolescente caminaba por la acera mojada con los audífonos en los oídos y escuchando “Did my time” de Korn sin preocuparle la empapada que se estaba llevando y mucho menos el espectáculo en el cielo, a un adolescente no le preocupa nada. Caminaba cabizbajo con las manos en los bolsillos de sus pantalones rotos de mezclilla mientras el cielo comenzaba a iluminarse tanto que se podían ver las escaleras de algunas alcantarillas destapadas; de repente un sonido como de cañón de guerra cimbró todo el estado; una ráfaga de luz azul recorrió los audífonos de una manera tan rápida que solo se alcanzaría a ver con una cámara especial como la que utilizan en los partidos de fútbol, la cabeza del adolescente explotó esparciendo sangre y pedazos de hueso y de cerebro y algún líquido extraño en el piso que fue lavado rápidamente por el agua de la tormenta. Nadie se dio cuenta de nada hasta el día siguiente que lo encontraron con un montón de perros a su alrededor.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto
puedes colaborar con nosotros,
comprando publicidad o con las
donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

En mi casa no ocurrió nada extraño hasta ese momento, solo mi madre estaba un poco alterada.

—¡Dios bendito, espero que tu padre esté bien!

—Sí, mamá, no te preocupes; de seguro donde está él ni siquiera está lloviendo— dije para tranquilizarla un poco.

—Sí, mamá, no te preocupes, tú tranquila— me secundó mi hermano cuatro años mayor que yo, de veintiuno.

Mi hermano estaba solo de visita, pues él vivía en el estado de México. Allí trabajaba arreglando las máquinas que producían el periódico local. Ganaba bien y estaba a punto de sentar cabeza, tres años más tarde se casaría con una muchacha que había conocido en una fiesta de la empresa. Se había ido de la casa a los diecinueve años con un tío que lo había enrolado en las filas de esa empresa de periódicos. Mis padres no estuvieron de acuerdo al principio, pero después de analizar los pros y los contras, finalmente dejaron que se fuera. Al principio nos visitaba cada fin de semana, después era cada mes.

—Eso espero. Mañana que venga que nos platique cómo estuvo el clima por allá.

—Sí, ma. Ya acomódense, ya debió de haber empezado.

—Tengo miedo— dijo mi hermana.

—Tranquila, hija— la abrazó mi mamá.

Exactamente a las diez de la noche con siete minutos (hora del centro del país), la lluvia cesó, el agua dejó de caer, el cielo se despejó, no se escucharon más truenos ni se observaron más relámpagos, simplemente terminó como si alguien hubiese cerrado la regadera.

En ese momento, en el canal siete de la televisión, comenzó “vidas perturbadas”. El intro me encantaba; en él se veía a una virgen llorando sangre, un columpio que se movía solo y objetos inanimados movidos por un ser invisible mientras una espeluznante cancioncita sonaba de fondo. Al término de este se podía ver en el recuadro a tres personas sentadas tras una mesa, una mujer que era la presentadora, el reportero (que era el que había promocionado todo) y uno que decía tener poderes psíquicos y de telequinesis además de ser experto en el espiritismo.

—¡Buenas noches, sean todos bienvenidos!— comenzó la presentadora —esta noche tenemos un programa muy interesante. Para esto quiero darle la bienvenida a Carlos Pedroza.

—Buenas noches, Érika— dijo el reportero— y buenas noches a todos en casa, sean bienvenidos.

—Buenas noches, Óscar Betd— Erika volteó hacia su derecha.

—Muy buenas noches, Érika, Carlos— dijo el especialista.

El escenario era oscuro y un poco tenebroso, solo algunas luces iluminaban a los tres presentes del programa. Cuatro veladoras agitaban su llama en cada esquina de la mesa.

—Esta noche tenemos preparado un excelente programa para ustedes —dijo la presentadora— viajaremos hasta la casa de una persona que dice ser atacado por un ser maligno durante las noches.

—Así es, Erika —continuó el reportero— en un momento más saldremos del estudio y llegaremos a la casa de esta persona.

Óscar Betd estaba pensativo, casi no hablaba; solo se dedicaba a observar el movimiento de la llama de la veladora.

—Óscar —dijo Erika— ¿A qué cree que se deba esto de las perturbaciones y los ataques por parte de “seres descarnados”?

Giró hacia ella y en ese momento la llama de la veladora se apagó (creo que fui el único que lo notó, pero no lo dije).

—Mira, en el plano dimensional que ocupamos hay una delgadísima línea que nos separa de otras dimensiones, lo cual hace que solo por casualidad y sin intención otros seres ocupen nuestro espacio y nosotros el de ellos. Esto quiere decir que a veces se sienten amenazados, es por eso que atacan como un animal que defiende su territorio.

Erika volteó nuevamente hacia la cámara, y Óscar otra vez hacia la veladora que nuevamente estaba encendida.

—Muy buena explicación. En estos momentos, mis compañeros saldrán del estudio rumbo a la casa del señor Alberto Ballesteros.

—Así es Érika, Óscar y yo estaremos viajando a casa de este sujeto.

—Por lo tanto, en lo que esto sucede los dejaremos con unos videos realmente sorprendentes de sucesos paranormales que nos llegan de todas partes del mundo. Después de esto nos enlazaremos hasta la casa Ballesteros.

En la habitación había un poco de tensión, apenas y comíamos de la botana, mi hermana se llevaba un puño de palomitas de maíz a la boca sin apartar la vista del televisor, mi mamá ya no la abrazaba. Mi hermano también observaba atentamente lo que ocurría en la pantalla. Nadie notó que yo los miraba.

El primer video de estilo paranormal que pasaron se desarrollaba en las escaleras de una lujosa casa en penumbras. La voz del que grababa y la de su acompañante se escuchaban aterradas, pero en inglés así que no era muy entendible lo que decían. De repente, alguna especie de oruga o persona sin brazos comenzó a descender desde lo alto de las escaleras, lo hacía lenta y terroríficamente como si supiera que aunque no fuera tan rápida, aun así atraparía a su presa. En ese momento, la cámara se movió bruscamente y los dos individuos salieron corriendo de la casa.

El segundo video fue sobre un avistamiento extraterrestre. Un grupo de adolescentes (así lo parecía por su forma de hablar) caminaba entre matorrales y árboles altos, grabando con una cámara de mano. En algún punto de la caminata algo les llamó la atención, se acercaron hasta allí enfocando la cámara. Un ser de cabeza extrañamente ovalada y largos brazos estaba escondido entre arbustos en posición de cuclillas y dándoles la espalda. Los huesos de la columna vertebral se le notaban intensamente. En un instante fugaz, el animal o lo que fuera volteó bruscamente intentando agredir a los muchachos quienes lanzaron un grito de espanto y terror, y corrieron con toda la velocidad que tenían, la cámara no dejaba de moverse de arriba abajo. Fue un video enviado desde Australia, que más tarde se revelaría como fraude y fragmento de un anuncio de cerveza.

El tercer video era parte de un anuncio irlandés contra el maltrato infantil y el bullying, donde colocaban cámaras escondidas en las escuelas para observar el comportamiento de los niños. En él se podían ver una cierta cantidad de niños sentados en los pupitres de un salón de clases, parecía haber una cámara escondida en alguna parte del pizarrón pues los niños, de unos once años, se veían de frente. Los niños estaban gritando y jugueteando porque al parecer no estaba la profesora. De repente, uno de ellos, bastante alto y fornido para su corta edad, caminó hacia uno de los pequeños que estaba casi frente a la cámara, y en un acto de locura, ira y violencia, le dio un derechazo con tanta fuerza que su cabeza casi chocaba con su espalda. El agredido se tapó la cara dando la espalda a la cámara escondida; los demás niños quedaron atónitos y desconcertados; el agresor se quedó mirándolo con aire triunfal. Después pasó todo como en cámara lenta, el niño golpeado se irguió, volteó hacia la cámara como si supiera que esta estaba allí y lanzó un grito similar al aullido de un perro asustado, pero no solo eso fue lo que nos impactó del video, sino que también la cara de ese chico se había tornado algo grotesca: los ojos los tenía como cuencas, como un vacío; su cara se había vuelto huesuda y de su nariz brotaba un líquido verdoso. Se levantó de su pupitre como impulsado por un resorte y...

—Hemos llegado a la casa del señor Ballesteros —decía el reportero afuera de la vivienda—; lo que haremos ahora será llamar a la puerta para que alguien nos deje entrar.

Esa repentina interrupción nos hizo saltar y gritar de miedo al unísono. Unas cuantas palomitas de maíz cayeron al suelo, y en un movimiento de mi brazo por poco tiraba el vaso de refresco. En la televisión ya le habían abierto la puerta al equipo de “vidas perturbadas” y ya estaban entrando a la humilde, pero grande casa de la familia Ballesteros. Se podía ver un gran patio de pura tierra y un pequeño caminito formado con piedras y cemento. Había una gran cantidad de macetas con todo tipo de plantas, cactus, malvas, geranios, rosas rojas, “corona de Cristo”, hoja santa, tomillo, albaca, etc. Faltaba poco para que alimentaran vacas y animales de granja.

El ama de casa señaló con su mano que entraran a la sala de la casa. Un minuto después estaban sentados en los viejos sillones de la pequeña habitación.

El camarógrafo estaba instalando el tripie para colocar la cámara para tener un mejor control de esta, además ya estaba cansado de cargarla.

Se colocaron unas sillas alrededor de una mesa rectangular de tal forma que todos mirasen a la cámara. Se colocó todo el equipo, tanto electrónico como espiritual.

Óscar Betd participó por primera vez en “vidas perturbadas” cuando estos lo encontraron en una aldea al sureste del país. Allí era muy conocido por sus poderes curativos impartidos de manera espiritual. Él se hacía llamar “una persona con una fe inquebrantable”, y decía que podía luchar contra los perturbadores sin que estos lo lastimasen demasiado, porque tenía un don y un poder conferido por Dios.

Betd siempre había dicho a su familia que jamás cobraría una remuneración económica por hacer el bien, pero la cantidad ofrecida por Julio Ortega, el dueño de “vidas perturbadas”, ni un tonto la rechazaría, y por supuesto que Oscar no era un tonto.

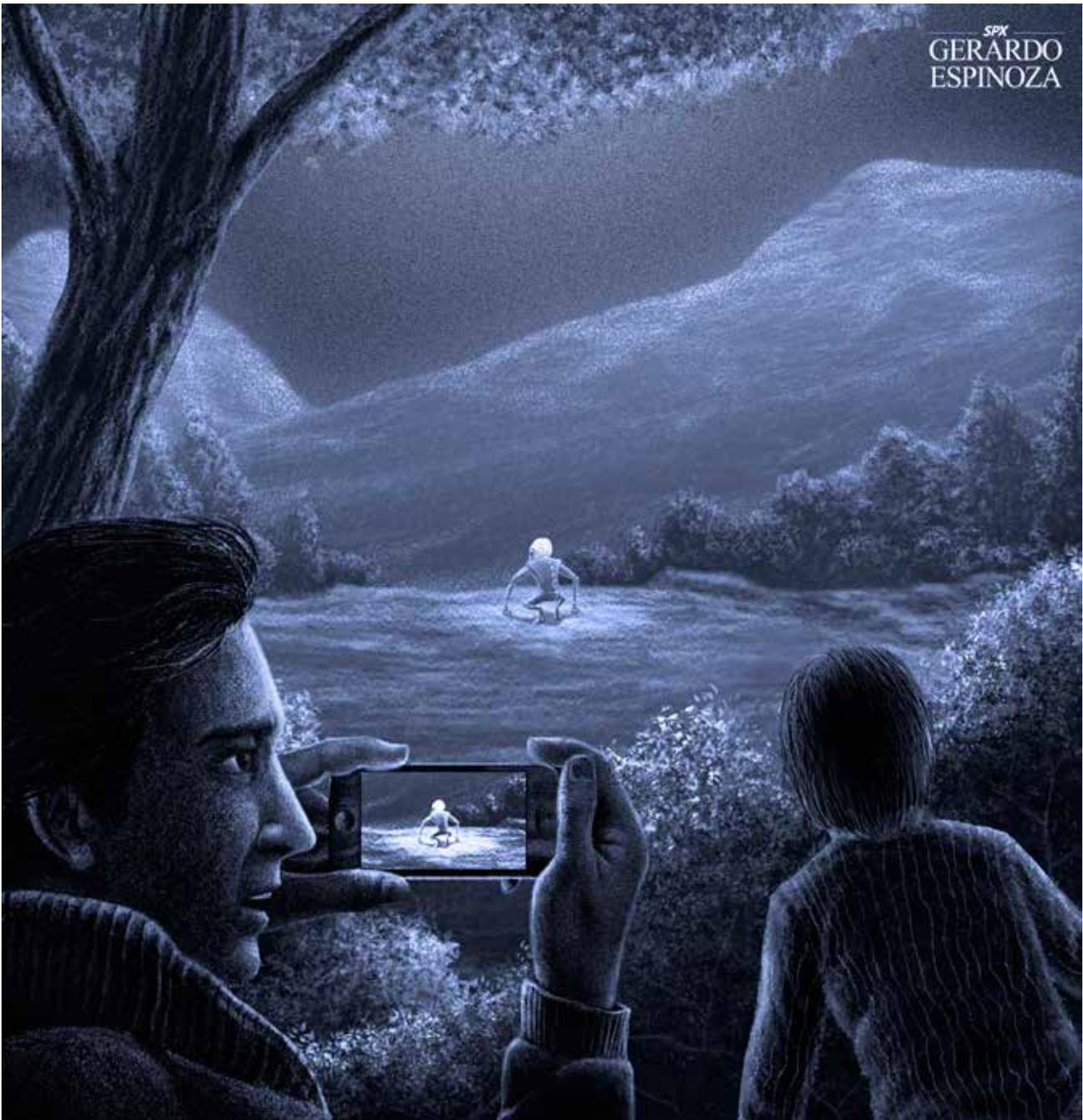
No era habitual que los hijos presenciaran algo como lo que vendría a continuación, y menos si eran menores de edad. Más tarde, y en capítulos posteriores se diría que les había parecido muy extraño que ellos estuvieran presentes, sin embargo, era algo que tenía que suceder para poder acabar con el mal que los perseguía.

En una esquina de la mesa se colocó en una silla de madera el señor Alberto Ballesteros, un hombre alto y un poco escuálido, pero de forje trabajador. Parado junto a él estaba su hijo Marcos de ocho años. A la izquierda su esposa Martha, y sentada en sus piernas su pequeña hija de seis años, Gabriela.

La luz, un poco tenue, enfocó primero a la señora Martha al igual que la cámara. Gaby jugaba con un pedazo de plástico sin prestar mayor atención a lo que sucedía.

—Antes que nada, buenas noches señora —dijo el reportero cortésmente. Betd lo secundó.

—Buenas noches, joven —dijo ella.



—Ya sabe a qué hemos venido, solo quiero saber con exactitud qué es lo que ha ocurrido.

—Mire, joven— miró a la cámara y luego al reportero. —Tenemos viviendo aquí más de diez años, esos diez años han transcurrido de manera normal, hasta ahora. Hace más o menos una semana que comenzamos a escuchar ruidos extraños durante la noche, regularmente comenzaban a escucharse a partir de las dos de la madrugada en adelante.

—¿Qué era lo que escuchaban?

—Al principio solo ruidos en la cocina, platos que se caen o la mesa que se mueve, lo que se escucha regularmente en este tipo de casos, pero es verdad.

—¿Eso al principio, verdad?, ¿Qué ocurría después?

—Sí, eso fue los primeros días. Como al tercer día escuche algo que me erizó la piel. Jamás había tenido tanto miedo como esa noche. Beto ya estaba bien dormido y los niños también, yo no podía dormir y no sé por qué, es de esas veces en que uno tiene muchas cosas en la cabeza que no lo dejan concentrarse en lo que quiere hacer, sabe.

—Sí, suele ocurrir.

Óscar Betd no dejaba de mirar los movimientos de la niña, lo hacía disimuladamente para no salir en televisión como un pederasta activo. Martha lo volteaba a ver de vez en cuando asegurándose de que le pusiera atención.

—Pues bien —continuó Martha— miré el reloj del buró y me di cuenta de que no faltaba mucho para que se escucharan los ruidos cotidianos, pues ya eran las dos y media de la madrugada, pero esta vez fue diferente. Al principio solo escuché una respiración muy agitada, como si estuviera cansado quien quiera que fuese que estuviera en la sala, aquí mismo donde estamos platicando ahora.

—Disculpe que la interrumpa, pero ¿quiere decir que ya estaban acostumbrados a los ruidos nocturnos?

—Aunque no quisiéramos teníamos que hacerlo. Entre el trabajo, la escuela y las tareas domésticas no hay tiempo para pensar en fantasmas, y menos en estos tiempos.

—La fortaleza y la decadencia —dijo para sí mismo— continúe con su relato, por favor.

—Está bien. Como le decía, escuché esa agitada respiración y no le di mucha importancia, pero lo que vino después, eso sí, eso me asustó mucho. Me volteé hacia Beto y lo abracé intentando regocijarme y olvidarme de lo que ocurría, pero entonces escuché su voz —señaló con la mirada a Gaby— me decía “Mami, ayúdame que me quiere llevar, el cerdo me quiere llevar, ayúdame mami”. Sentí tanto miedo que ni estando en la cama con el hombre que amo pudo hacer que lo evitara.

—Usted sabía que eso era algo malo y decidió pensar en otra cosa o, ¿qué hizo en ese momento?

—Sí, yo sabía que no era nada bueno lo que rondaba fuera de nuestras habitaciones, pero el amor de madre es algo muy poderoso y tenía que asegurarme de que Gaby y Marquitos estuvieran bien.

—¿Salió sola?, ¿no intentó despertar al señor Alberto?

—Lo intenté, pero era como si él hubiera muerto, no estaba frío, pero no reaccionaba, y no podía dejar escapar un minuto más, mis hijos podían ser dañados.

—Entonces salió.

—Exacto, pero con un poco de cautela y mucho miedo. Primero fui a la habitación de los niños. Ambos duermen en la misma habitación, ¿sabe?. Y al verlos, cada quien en su camita y durmiendo como angelitos, sentí una inmensa tranquilidad hasta el punto de casi olvidar el miedo. Los besé en la frente, los cobijé y salí de allí. Iba de regreso a mi habitación cuando algo me llamó la atención, un no sé qué, que hizo que cambiara de dirección y fuera a la cocina. Entonces allí vi lo que hasta ahora me tiene traumada, lo que no me deja dormir, lo que veo cada vez que cierro los ojos.

—¿Qué vio? —se adelantó a preguntar el reportero.

—Un cerdo.

—¿Un cerdo?

—Pero no era cualquier cerdo, este era diferente. Este no caminaba como los demás, ¡este maldito cerdo caminaba en dos patas!

Carlos se recargó hacia atrás mostrándose un poco sorprendido por el relato de la señora Martha. Óscar Betd solamente se tocó la barbilla.

—La impresión fue tremenda, pero eso no fue todo. Me miró a los ojos y caminó hacia mí, y en ese momento todo se volvió oscuro, me había desmayado. Pero recuerdo que cuando mis ojos se estaban cerrando, el cerdo pronunció mi nombre, “Martha”, pero con una voz demoniaca.

Martha rompió en llanto.

—Comerciales y regresamos —dijo el reportero un tanto alterado.

Sin darnos cuenta ya nos habíamos acabado las palomitas de maíz, pero todavía quedaba refresco, lo cual era muy bueno ya que después de comer palomitas sentía una especie de obsesión por seguir comiendo y una extraña sensación en las muelas, y solo el refresco podía contenerme y contenerla. Por unos instantes nadie habló. El clima estaba algo tenso, el miedo reinaba la habitación.

—Ah, se acabaron las palomitas —dijo mi hermana y comenzó a reír. También reí pero nerviosamente, mi mamá y mi hermano también rieron más forzosamente que con ganas, pero reímos.

—¿Quieren más?, para traer —preguntó mi hermano.

—No, hijo, estamos bien, gracias.

Era la verdad, ya no queríamos más, ni siquiera las estábamos saboreando como deberían de saborearse las palomitas de maíz. Además solo queríamos enfocarnos en lo que ocurría en la pantalla de televisión, no queríamos perder ningún detalle. Y entonces terminaron los comerciales.

La oscuridad en el estudio de “vidas perturbadas” era inmensamente tenebrosa, ni siquiera las flamas de las veladoras podían dar un poco de tranquilidad. Erika, la conductora, miraba fijamente la cámara; sus ojos denotaban miedo, estaban vidriosos y, de vez en cuando, se movían casi instintivamente hacia los lados. El relato contado por la señora Martha había inyectado una gran cantidad de adrenalina y miedo a los espectadores, y también a los realizadores del programa.

—Esto es algo impresionante, pero regresemos a la casa Ballesteros con mis compañeros para ver qué más ocurre, y escuchar más.

El enlace fue rápido, de lo cual siempre se pavoneaban los del canal siete. Siempre decían que tenían la mejor transmisión, la mejor tecnología y la mejor cobertura en todos los eventos, deportivos y culturales.

—Buenas noches. Seguimos en la casa Ballesteros, y después de escuchar este espeluznante relato de la señora Martha, es el turno de escuchar el testimonio del señor Alberto Ballesteros.

La cámara enfocó a Alberto y a su hijo. Se acomodó en el respaldo de su silla antes de comenzar a hablar.

—Buenas noches, Carlos, Óscar, y todos los que ahora nos ven. Pues, mi historia, o mi relato no es muy diferente al de mi señora esposa. Verán, hace más o menos una semana que comenzó todo, y como ya lo había dicho Martha, primero eran solo ruidos, después vino lo que ella vio, pero hace aproximadamente dos noches sufrí lo que algunos llaman “un ataque nervioso”, junto con epilepsia. Verá, al igual que mi esposa, no soy de los que creen en fantasmas o en muertos que resucitan para consumar una venganza, no, creo (o creía) que eso es para gente con mucho tiempo para pensar en ello, ya sabe, los que no hacen nada ni para bien ni para mal y viven en un mundo de fantasía para evitar los problemas reales, sin embargo, en estos tiempos ya no hay tiempo para nada, más que para trabajar. Y eso es lo que intentamos hacer —inhaló una gran cantidad de aire y después continuó—. Verá, esa noche estaba más fatigado que de costumbre. Trabajar doce horas, de siete a siete, en la gasolinera no es cualquier cosa. Siempre es lo mismo, moverte de una máquina a otra, verter gasolina a conductores estresados, verificar que no sea más de la que piden; si no se molestan y no pagan ese extra. En el papel parece fácil, pero no lo es, son doce horas parado y con cara de estúpido para satisfacer al jefe y a la clientela. El tiempo que paso con mis hijos es muy poco, casi nada.

Miró a su hijo, y luego al camarógrafo y sonrió. Su sonrisa mostró cansancio y fatiga, pero lo que hizo estremecer a Carlos fue que detrás de aquella sonrisa existía el miedo, un miedo tan paralizante que también estaba reflejado en sus ojos, y por un segundo se dio cuenta de todos los problemas que Alberto Ballesteros tenía encima.

—Lo que quiero decir... —continuó, ahora mirando a la cámara, y luego a Óscar, y después a Carlos— lo que quiero decir es que esa noche no estaba de humor para fantasmillas, pero al parecer ellos, o esa cosa, no pensaban lo mismo. No sé qué hora era pero...

—Las dos de la madrugada —interrumpió Martha. Su voz se escuchaba distante porque no tenía el micrófono enfrente.

—Bueno —continuó Alberto— a las dos de la madrugada desperté con un intenso dolor de cabeza y sudando como un cerdo, tenía fiebre. Aún recuerdo la imagen que vi antes de sumergirme en aguas profundas y oscuras. Era un enorme perro negro que me miraba, miraba mi sufrimiento, y lo disfrutaba. En ese instante me espanté solo un poco, pues era solo un perro, pero después lo vi a los ojos, eran rojos y estaban totalmente llenos de furia, y después, como si quisiera verme mejor,

se levantó en sus patas traseras... Dios, aún lo recuerdo perfectamente, calculo que en esa postura pasaba de los dos metros, eso no es normal; mi corazón estaba a punto de detenerse cuando escuché que me dijo “Alberto, eres mío”, fue en ese momento en que creí que había dejado de existir, que mi corazón no había podido resistir más y se había detenido completamente. Más tarde, a la mañana siguiente, me dijeron que me había convulsionado, que había gritado y llorado, y que no dejaba de temblar, claro que no recuerdo eso pero...

Esa interrupción fue escalofriante, vista desde mi ángulo, claro, en mi casa con mi familia y algunas botanas, y aterradora para los presentes en ese programa.

Lo que yo, y también mi familia, vimos ocurrió de una manera lenta, casi al paso tortuga. La entrevista iba viento en popa; los del programa ya tenían escalofríos, excepto Óscar Betd. Tal vez, el señor Ballesteros estaba muy entusiasmado y al mismo tiempo asustado contando su relato, pero lo que no encajaba allí fue lo siguiente: Marcos, su hijo, metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones desteñidos (todos nos dimos cuenta de eso), y después sacó lo que parecía una navaja grande de afeitar (también nos dimos cuenta de eso). Fue en ese momento cuando todos en la habitación de mis papás dijimos al unísono “algo va a pasar”. Y pasó.

Marcos sacó la enorme navaja de afeitar de su bolsillo trasero, y sin hacer mucho alarde, y como un niño inocente que quiere acariciar el rostro de su padre, la acercó lentamente mientras Alberto Ballesteros hablaba de los miedos que tenía y todo lo que había sufrido en una noche de terror. La navaja tocó la rígida piel de la mejilla del señor y se deslizó como un cuchillo en mantequilla, de manera vertical abriendo una enorme grieta de la cual comenzó a emanar una gran cantidad de sangre de un rojo intenso que asemejaba lodo o agua estancada.

Creo que en mi casa nos dimos cuenta de lo que ocurría más rápido que los presentes en aquella casa, y más aún que el mismo Alberto Ballesteros.

El señor Ballesteros tardó alrededor de dos segundos antes de darse cuenta de lo que le habían hecho. Después de esos dos segundos se tocó la mejilla, en sus ojos se vio un poco de miedo, pero más de desconcierto. Una maraña de dudas y pensamientos cruzó su mente por un instante antes de lanzar un gemido tan aterrador que el mismo Óscar Betd quedó atónito.

Los ojos del pequeño Marcos estaban vacíos, sin luz, parecían dos agujeros negros como los que hay en el espacio exterior. Su cara parecía haber envejecido diez años. Ya no era su hijo, pero sin embargo lo seguía siendo.

—Hijo... —fue lo último que alcanzó a decir el señor antes de que el pequeño le rebanara el cuello de un solo tajo.

La sangre inundó la camisa de Alberto, y dejó un enorme charco en el suelo, entre sus pies. Comenzó a emitir sonidos con la boca, como si hiciera gárgaras, gárgaras de sangre. Después se quedó allí, en su silla, recargado y viendo hacia el techo con las manos colgadas a los lados y una mueca de horror dibujada en su rostro.

Todos en la sala se quedaron solo viendo, espantados, nadie daba crédito a lo ocurrido. Marcos emitió una fuerte exhalación, como de un animal furioso. Gaby comenzó a llorar.

Sin darnos cuenta, en mi casa, ya estábamos todos juntos, casi abrazados, pegando piel con piel, sintiendo miedo.

Y en ese momento, mi hermano hizo algo que nunca lo había visto hacer (tal vez en la iglesia sí, pero esto era diferente), comenzó a rezar. Pidió que nos tomáramos de las manos y rezáramos un padre nuestro. Fue un momento extraño pero no quitaba por mucho de nuestras mentes aquella terrible imagen del niño rebanando el cuello de su padre.

En la tele, el niño tomaba un aspecto grotesco, aterrador. Su cara se había deformado hasta convertirse en una de cerdo con ojos rojos y enormes colmillos blancos.

Parecía una película de terror, pero no era para nada igual. En las películas de terror sabes que nada de lo que está ocurriendo es verdad, todo es actuado y fingido, sabes que son actores que recibieron una buena cantidad de dinero a cambio de escenificar una masacre, pero esto, esto es diferente, esto es real.

¿Lo es?

Claro que lo que estaba viendo en la tele era real, claro que todo el terror que sentí era real, claro que la extraña tormenta que sucedió antes del programa fue real. Todo esto que te cuento es real y ocurrió hace algún tiempo.

Sentí que el cerdo (que antes había sido un pequeño niño) me miraba fijamente, y por un segundo creí que se saldría del televisor, pero justo en ese momento desperté sudoroso y temblando en medio de la oscuridad de mi habitación, el miedo aún estaba presente y amenazaba con no irse por un buen rato. Me enderecé y, tanteando con la mano, tomé mi celular, lo encendí y vi que eran las seis con tres de la madrugada, era miércoles y tenía que ir a la escuela; a las siete debía de estar allí. Me levanté, me vestí, y unos minutos después entró mi mamá diciendo que me apresurara para desayunar e irme a la escuela. Fui a la cocina, no había nadie; mi mamá se había regresado a su habitación, solo me había dejado servido el desayuno, y mi hermana aún dormía. Me senté frente a la ventana que da hacia la calle; el cielo aún estaba oscuro, y por un instante creí ver al cerdo del otro lado de la ventana, en la calle, mirándome. Nuevamente el miedo se apoderó de mí. Desayuné rápido, preparé mis cosas y salí rumbo a la preparatoria.

El sueño se fue desvaneciendo con la misma rapidez con la que el día se hace claro. A las diez de la mañana ya no recordaba nada de él.

Como te decía algunos párrafos atrás, esto que te cuento es real y ocurrió hace algún tiempo dentro del océano de imaginación que se agita salvajemente dentro de mi cabeza.

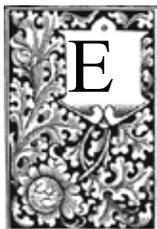


Aya kuchun: el rincón de los muertos

Por: Fares Cazorla



En memoria de los niños y desaparecidos en Raccaya durante la guerra interna.



En el rincón de los muertos, la campana de la iglesia mayor está llorando triste, triste como hace treinta años.

El Wamani Tinka, desde hace dos años sentadito en la cumbre de Toccto, divisa la carretera a Huamanga; no come, ni agüita pone a su boca. Aún recuerda las palomitas blancas de Raccaya, mastica su coca y sabe amargo. Ahí está, sentadito escuchando a la campana de la iglesia Mayor.

En las alturas de Huanta, el *machu* Razuwillka escucha:

—Wañurun, wañurun—, el llanto de la campana resuena por el camino que va hacia la Esmeralda de los Andes.

Se desespera, esa campana hace años que no llora así. —¿Quién habrá muerto? — se pregunta. Dirige la mirada hacia Huamanga, pero el polvo del mes de agosto revoloteado por el astuto viento no lo deja ver.

El *machu* Razuwillka, en su desesperación, convoca a su secretario.

—¡Killinchu, Killinchu! Ven, mensajero, vuela rápido a Huamanga, irás donde el Yaya Nazaco a preguntarle qué pasa; él sabe que tenemos un pacto, recuérdale. El Killinchu, cumpliendo la orden, levantó vuelo rumbo a Huamanga. En el camino ni los halcones se atrevieron a retarlo, pues saben que tiene órdenes del Apu.

En la plaza mayor, el Killinchu curioso se acerca al campanario de la iglesia e interrumpe el canto nostálgico de la campana.

—¿*Mamay*, por qué lloras tan triste?—, dijo con discreta voz.

La campana recoge el borde de su fustán y seca sus gruesas lágrimas —¡Ayayay! — se lamenta, —*Niñucha*, ya están llegando, pues. Rápido vuela, el *machu* se va molestar— el Killinchu continuó su rumbo.

¿Qué dijo la campana con esas palabras?: “ya están llegando”. ¿Quiénes están llegando? ¿Quiénes se habían ido? ¿Su regreso era tan importante para que el machu se sienta intranquilo y la campana llore con amargura? El Killinchu no entendía que le había notificado la campana, pero no podía detenerse a averiguar, ya que tiene las órdenes del Apu Razuwillka.

Llega a la iglesia de Santa Clara, ahí presente está el Nazareno, imperturbable, siempre con el rostro compungido, las velas y el incienso, todos entremezclados con las oraciones de sus fieles.

El Killinchu entra por una ventanita y se acerca al Señor, baja sus alas hasta el suelo en señal de reverencia, y comienza a dar el mensaje, habla bajito para no interrumpir las plegarias de las devotas:

—Yaya Nazareno, Apu Razuwillka me ha enviado para que recuerdes el pacto, tempranito ha escuchado la campana y quiere saber qué está pasando.

El Nazareno baja del altar y coge al Killinchu entre sus manos aún ensangrentadas, acaricia sus plumitas diciéndole:

—Killinquito, dile al *machu* que baje a las tres de la tarde, le voy a esperar y, sí, me acuerdo del pacto—. Dicho esto alza al Killinchu y este despliega sus alas al cielo de regreso a Huanta.

El *machu* Razuwillka escucha atentamente al mensajero, una vez terminado se dispone a alistarse para bajar a Huamanga. Su lindo poncho blanco ya no cubre su envejecido cuerpo, pero sigue siendo poderoso; hace poco nada más, se ha peleado en la selva con un *maqta* liso y abusivo, pero el *machu* con sus truenos lo ha vencido. Sin embargo, este día su corazón está dolido; la pena se come sus fuerzas y, por esta razón, avanza a grade zancadas.

El río Cachi se dio cuenta del estado del *machu* y, preocupado por el viejo, dijo a las piedras:

—¿Qué le está pasando?, ¿han visto su cara? ¡Algo grave tiene que ser, Tayta Razu no baja por puro gusto!—. Un árbol de Mutuy que escucha esta conversación muy suelta de ramas

les grita:—¿De qué tanto ya se asombran? si cada vez que oye las campanas baja desesperado y después regresa sin nada— pronuncia cada palabra con tono burlón.

Majestuoso, el *machu* acelera el paso, va casi corriendo, no se detiene en la plaza de Huanta; la campana de la iglesia lo alcanza a la salida gritando:

—¡Apu Razuwillka, no te olvides de nadie! Vas a regresarlos, recuerdas sus nombres—, y de inmediato la campanita comienza a gritar uno a uno los nombres de los huantinos. Ya cuando el *machu* estaba llegando a Flor de Canela la campanita alcanza a gritar el último nombre. —¡Ayala, no te olvides de Ayala!

Cuando el Apu Razuwillka visita Huamaqaqa, la gente se da cuenta, comienzan a sentir frío. Ese *machu* es poderoso, sus pies se hunden en la tierra y de ahí brotan flores amarillas, crece retamita.

Son las dos de las tarde, ya falta poquito para llegar, el Apu avanza por esos *ñaupa* caminos; todos sus hijos quieren acercarse pero el viejo no mira a nadie, porque todos los nombres están en su boca y los va nombrando para no olvidar de llamar a ninguno.

A la entrada de la ciudad se encuentra la iglesia de los indios, su campana alegre mira al Apu llegar, pero cuando este pasa de largo, la campana lo llama:

—Taytay Apu Razuwillka, toma chichita, papá, estarás cansado. ¿Por qué vienes aquí? ¿Qué cosa sucede? siéntate un rato. Esta es, pues, tu casa papá; tus hijos han puesto cada piedra aquí—, habló la campana de la Magdalena.

El sudor corre por la frente envejecida del *machu*, mirando a la campana agradece su gentileza—, *niñacha* otro día será, tengo que ir rápido porque ya están llegando— y siguió su camino.

Pasó bordeando la plaza mayor por el portal Unión y llega al lugar donde la campana de la iglesia, que ha sido indiferente al dolor del indio, siente la presencia del *machu* y soberbiamente se dirige a él y le dice:

—¿Otra vez vienes a buscarlos? ¡Para qué pierdes tiempo, esos no valen nada!—, dijo moñándose.

El *machu* recuerda que en aquellos años de dolor, alguien había dicho lo mismo desde aquel lugar; por un momento la rabia y el dolor quisieron apoderarse de él, sin embargo, las voces de las madres gritando los nombres de sus hijos en Purakuti eran más fuertes que el trueno y fortalecieron el corazón del *machu*, quien con paso firme siguió su camino, haciendo caso omiso a las palabras de la campana.

El nazareno, luego de la visita del Killinchu, había dispuesto sus prendas; seguiría de luto como hace treinta años. Esperando al *machu* preparó dos cirios para acompañar la misa.

A las tres de la tarde en punto, el Apu Wamani Razuwillka con su raído poncho blanco y sus pies helados está parado ante la iglesia de Santa Clara, la puerta se entreabrió y el Nazareno salió una vez más a recibir a su hermano, tendiéndole la mano sangrante exclamó:

—Apu Razuwillka, te estaba esperando.

—Yaya Nazareno, *allinllachu*—, respondió estrechando la mano del Nazareno.

Y Huamanga comenzó a vibrar.

Son las tres y media de la tarde y la campana de la iglesia mayor comienza a llorar, anunciando la llegada de los cuarenta hijos de Aya kuchu. Quién pudiera describir el dolor del encuentro.

Desde ambos extremos de la plaza, avanzan al mismo tiempo, uno frente al otro como si alguien desde arriba dirigiera la procesión de los muertos. El Nazareno, al ver a las madres dirigiéndose al encuentro, ve reflejado en ellas la imagen de la dolorosa y siente la aflicción como cada miércoles de encuentro. Pero esta vez, es real.

Machu Razuwillka, se tambalea, llora, se aprieta las manos, mira al Nazareno quien llora otra vez sangre, cada gota es un hijo desaparecido, muerto.

Nadie los ve, solo las almas que acompañan a los vivos.

Esperan que la comitiva entre y se acomodan en las últimas bancas de la iglesia; juntos rezan y escuchan la misa. En las primeras bancas están las viudas, hermanos, madres, padres, hijos, buscando consuelo. ¿Qué cosa ya es este dolor?

Al terminar la misa, ambos señores salen hacia el atrio de la iglesia a esperar, se colocan al costadito de la puerta para no interrumpir el paso. Afuera el *machu* Razuwillka, afligido pero a la vez emocionado, comienza a llamar a cada uno de sus hijos, a cada desaparecido, a cada huantino que estuvo buscando por treinta años, a quienes quiere devolver a su pueblo con él, con su familia.

—¡Pero, quién puede consolar ese dolor!

El *machu* Razuwillka comienza a nombrar, con la seguridad de que le van a responder, y sí, lo hacen, pero no es lo que él espera, a cada llamado responden:

—*Manam papay*—, pero sus esperanzas no se apagan.

El *machu* tiembla, un sudor frío recorre su cuerpo, casi sin aliento pronuncia el último nombre: ¿Ayala... está Ayala aquí?—, siente que se le apaga la voz, espera ansioso, pero la respuesta nunca llega, ninguno es de Huanta, sus piernas flaquean, se derrumba, cae al suelo. El Nazareno, quien está a su lado, lo levanta le coge la mano y la lleva hacia su pecho, el *machu* siente los latidos del corazón de Jesús.

—Apu Wamani Razuwillka, tenemos un pacto; voy a cumplir, así van a regresar todos; levántate, viejo, estos tus hijos te necesitan fuerte—, dijo el Nazareno apretando fuerte la mano para fortalecerlo.

Pero el viejo no puede más y rompe en llanto; en las alturas de Huanta, el cielo se ennegrece, las nubes chocan, y salta el Illapa, enfurecido relampaguea; el *machu* Razuwillka está llorando por sus hijos que han regresado y por los que faltan.

La comitiva alista el regreso a su comunidad. Yaya Nazareno acompaña al Apu hasta la salida de Huamanga, hacia el sur.

Apu Razuwillka parte con la comitiva, van hacia Raccaya, entonces el Nazareno afligido le toma de la mano y le dice:

—¿Hasta cuándo estaremos de luto, hermano?—, el *machu* no responde, pero las lágrimas siguen cayendo, se abrazan y juramentan otra vez, como siempre lo han hecho.

En el rincón de los muertos, las campanas de las treinta y tres iglesias están llorando después de treinta años.

El Wamani Tinka se ha puesto de pie al ver la comitiva; Apu Razuwillka le lleva las veinticinco palomitas cuculí que fueron baleadas; el Wamani Tinka rebosa de alegría; al fin los tiene de regreso; las palomitas, ahora aleteando, se posan en el hombro de su Wamani y se marchan camino a la última morada.



Glosario quechua:

Aya: muerto.

Kuchu: rincón.

Allinllachu: cómo estás.

Apu Wamani: cerro tutelar de una región geográfica en el mundo andino.

Huamanqaqa: nombre antiguo de Huamanga, hábitat de halcones.

Illapa: rayo.

Killinchu: cernícalo.

Machu: anciano, viejo.

Mamay: señora.

Manam: No

Maqta: joven.

Niñucha: niño

Niñacha: niña/ señorita.

Ñaupá: antiguo.

Papay: padre.

Qasa: puna.

Tayta: señor.

Yaya: Señor Poderoso (término para deidades cristianas).



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

II Convocatoria

Se reciben cuentos para la revista:



Huerto, Arana, Campos, De la Torre, Güich, Honores, Rothgiesser, Salvo, Arteaga
- Comité Editorial -

Los pueden mandar al correo:
relatos@acuedi.org

Para consultar las bases:
www.relatosincreibles.com

Fecha final:
Lunes 29 de febrero del 2016

El poste

Por: Pedro Castro





caba de anochecer sobre la ciudad de Lima y muchos ya comienzan su camino de vuelta a casa. Alejandro Máximo Paredes García es uno de los tantos que busca hacer lo mismo, y como muchos otros, se va a encontrar con un amigo que tiene carro en un punto para que lo jale hasta su casa.

El punto en cuestión, una solitaria esquina de la bastante solitaria zona de almacenes de Santa Anita, estaba a media cuadra del portón por el que debería salir su amigo con su camioneta.

Parado bajo el poste en la esquina, rodeado por el ruido de los vehículos que iban a toda velocidad por la carretera central a un par de cuadras de donde estaba, el joven Alejandro esperaba con una expresión aburrida y un chupete en la boca, maldiciendo mentalmente el haber dejado de fumar. Con el vientecito que estaba corriendo y los nervios que le causaba estar tan a solas, sentía que le vendría bien uno ahora.

Había sido un día singularmente tedioso debido al desproporcionado número de clientes que había tenido que atender. “En serio, espero que me den un bono por esto...” se dijo, recordando el estrés de tener que atender a tantas personas a la vez. “Así estaré más cerca de retomar mis estudios...”. Él consulta su reloj y hace una mueca de disgusto, pues apenas han pasado cinco minutos desde que llegó y su amigo no saldría hasta dentro de media hora, al menos. Consciente de que tenía bastante tiempo para desperdiciar, decidió recostarse contra el poste y cerrar los ojos, al menos para descansarlos de las ocasionales ráfagas de viento y de lo mucho que habían estado mirando al monitor de la computadora en que realizaba las ventas. “Solo... descansaré mis ojos y, para cuando los abra, seguro mi amigo ya estará por aquí... solo espero que eso de que por acá no roban sea cierto...”. Eso último se lo dijo su amigo, pero no estaba del todo seguro.

Y así, Alejandro Paredes se quedó dormido sin darse cuenta. Completamente ajeno al inusual hecho de que las luces de los otros postes comenzaron a perderse en lo que parecía una honda oscuridad, lo mismo que el cielo purpúreo de escasas estrellas, la calzada y, básicamente, todo a su alrededor. Era como si, poco a poco, todo fuera fundiéndose con las tinieblas, todo excepto la luz del poste sobre el que estaba apoyado y lo que esta iluminaba.

—Dámela... —un susurro. La mente del joven dormido había registrado un susurro, pero rápidamente lo descartó como producto de su sueño.

—Dámela... —el joven vuelve a oír esa palabra, esta vez es consciente de ello, y esa voz, suena...

—¿Mamá? —pregunta tentativamente.

—Así es, querido, soy tu madre... —dice la voz de su madre, ahora con total claridad. Alejandro no puede creer lo que oye ¿Qué estaba haciendo su madre en medio de los almacenes de Santa Anita a estas horas de la noche? ¿No debería estar en casa? Abre los ojos y se queda boquiabierto... “Estoy... en casa”, piensa, viendo el lugar en el que estaba: frente a la puerta de la sala de su hogar, con su madre frente a él... “¿Cuándo es que llegué aquí?”. —Ven, hijo, para que cenes— dice ella afablemente, como siempre hacía. “Debí... haberme quedado dormido o algo y estaba tan adormecido que ni cuenta me di de que ya estaba aquí...” se dice, aunque realmente le costaba siquiera creerlo, pues nunca le había pasado algo parecido...

Y ahí estaba él, sentado en el comedor, tratando aún de convencerse de que solo había estado demasiado somnoliento mientras esperaba la cena, cuando...

—Oye... —oye decir a una voz en su cabeza con tal claridad que podría haber jurado que quien había hablado estaba cerca... pero solo estaban él y su madre en casa... —no estás en tu casa...—.

—Aquí tienes, hijito— dice de pronto su madre, trayéndole un plato de arroz con pollo con una cálida sonrisa. El hijo agradece animadamente, coge un tenedor que no recordaba haber visto en la mesa antes y se dispone a comer con una expresión hambrienta cuando vuelve a oír esa voz:

—Esa no es tu madre y eso, aunque se ve bueno, no es comida... si no reaccionas pronto, no habrá escape... —“Bien, esto está comenzando a ponerse espeluznante” se dice, deteniéndose en

seco. Esperó en silencio un momento, pero la voz no volvió a hablar; aun así, decidió que si volvía a escucharla, trataría de poner atención para saber de dónde venía.

—¿Qué pasa, querido? ¿No tienes hambre? —pregunta la madre, sentada al frente de su hijo en la mesa del comedor con su propio plato. Alejandro había estado en silencio, esperando a que la voz hablara nuevamente, pero nada ocurría. Responde a su madre que solo estaba algo cansado, y se dispone a comer nuevamente, aunque aún alerta.

—Escucha— ahí estaba la voz de nuevo— esta es tu última chance... sal de ahí o te espera una vida muy corta—. “De dónde vienes” se dice el joven, poniéndose de pie... Su madre lo interroga preocupada, pero él afirma que solo necesita ir al baño.

Una vez ahí, Alejandro se lava la cara, tratando de convencerse de que la voz que escuchaba era producto del cansancio, pero sabía perfectamente que eso no tenía mucho sentido, especialmente porque no recordaba haber oído antes una voz similar ¿Qué estaba pasando entonces? Se mira en el espejo y una idea cruza su mente: un recuerdo de sus días de colegio en que multitud de historias extrañas se contaban... historias como las de cosas que se podían convocar solo mirando a un espejo y llamándolas... “¿Será posible?” En ese momento, Alejandro se sentía suficientemente loco como para probar, después de todo, ya era bastante extraño lo que le había estado ocurriendo esta noche como para que eso no funcione.

—¿H-Hola? ¿Hay alguien ahí? — pregunta con duda, sintiéndose algo ridículo por lo que estaba haciendo. Pasaron algunos minutos sin resultado, probó a llamar de nuevo, pero igual no pasó nada, y justo cuando bajó la mirada, comenzando ya a reírse por lo estúpido que estaba siendo...

—Veo que decidiste escuchar... —sorprendido, Alejandro levanta la vista... y da un salto de aterrada sorpresa al ver lo que le devolvía la mirada desde el espejo: un par de grandes ojos rojos pertenecientes a una forma oscura. “¿Q-Qué es esa cosa?” logra preguntarse en la temblorosa parálisis que lo domina.

No podía moverse, no podía levantar sus manos para frotarse los ojos. Tenía que escapar de esto de una manera u otra y lo único que siente que puede hacer es cerrar los ojos. Le cuesta hacerlo, pero en un acto de desesperación lo logra, rogándole a quien sea que lo escuche que todo esto no sea más que una ilusión, un mal sueño... “Cuando abra los ojos, no habrá nada en el espejo... todo habrá sido fruto de mi cansancio...” se dice varias veces, antes de finalmente abrir sus agotados ojos...

—Dame... una identidad... —dijo de pronto la tan conocida voz misteriosa al tiempo que Alejandro abría los ojos... y se topaba con una realidad que lo hizo gritar con todas sus fuerzas, un grito desesperado y enloquecido que es rápidamente amortiguado por una monstruosa mano negra cubierta de ojos rojos que lo estrella violentamente contra la pared del baño. La forma oscura sale del espejo, multitud de ojos recorriéndola, y comienza a expandirse, propagándose por las paredes como una masa viscosa, repitiendo una y otra vez la misma frase “Dame una identidad”.

“Esto no puede estar pasando”, se dice el joven, sintiendo que lo abandonan sus fuerzas mientras todo es consumido por la masa oscura “estas cosas... no pasan en verdad...”. Su vista comienza a ponerse negra, ya casi no oye las palabras de la monstruosa masa “estas cosas... no pasan... en el mundo que conozco...”.

—¡Hasta que lo entendiste!— dice la voz que llevaba escuchando en su cabeza, la misma voz que repetía la misma petición, la misma que lo había llevado a esta situación. Algo atraviesa su ahora reducido campo visual, algo que parece perforar la extremidad que lo sujeta.

De pronto sabe que ahora está en el suelo y sus oídos apenas registran sonidos que poco a poco van tomando claridad, al igual que lo que ve. Los vagos sonidos se tornan en rugidos y gruñidos, su vista muestra lo que parecen dos formas: una grande y amorfa enfrentando a una pequeña. “¿Qué rayos?” se dice y entonces, la claridad regresa a su vista...

Era una escena surreal. Estaba en lo que parecía una de las calles de la zona de almacenes de Santa Anita. Bajo el cielo purpúreo, las luces de los postes permitían ver una batalla: una pequeña



criatura negra de orejas largas se movía ágilmente de un lado al otro, agitando lo que parecía un látigo de tres finas cuerdas rojas en cuyos extremos se podían ver enormes anillos metálicos, y estaba enfrentándose a la abominación que había salido del espejo del baño. Esta vez, Alejandro no dudó en frotarse los ojos ante lo que estaba viendo “¿Esto... Esto es real?”.

Las cuerdas del látigo se movían a gran velocidad, como si fueran tentáculos con voluntad propia, llevando consigo a los grandes aros por todo el cuerpo del aberrante ente. Los anillos cortan limpiamente su ser, sus apéndices y extremidades, solo para que cada herida se cierre y las partes perdidas simplemente vuelvan a crecer de sus muñones. En todo momento, el desesperado y lastimero ruego del monstruo haciéndose oír por encima de sus rugidos y aullidos mientras trata en vano de golpear a su pequeño agresor con sus enormes extremidades.

—¡Agh! ¡Deja de usar mi voz para dar pena!— exclama exasperadamente la voz que le era tan familiar a Alejandro, pero esta vez pudo notar claramente que esta masculina, aunque algo chillona, voz provenía del pequeño combatiente. —¡Y ya muérete de una maldita vez!—.

—¿Q-Qué está pasando?— logra preguntar débilmente el joven; sus ojos abiertos de par en par, aún en el suelo, incapaz de moverse, obnubilado por lo que veía.

—Oh, veo que al fin despertaste, alienígena... —dice el pequeño guerrero antes de dar una voltereta en el aire y caer al lado del joven, quien se acaba levantando de un sobresalto, quedando de rodillas. —Nunca había enfrentado a un espíritu tan recio. Dime, ¿eres mago o aprendiz de uno aunque sea? —pregunta la criatura a su lado y Alejandro no puede dejar de notar que su interlocutor tiene todo el aspecto de un conejo negro de grandes ojos rojos que de algún modo se mantiene erguido sobre sus patas traseras, viste un atuendo holgado y algo descolorido, y... tiene un brazo ortopédico de metal...

—¿Mago? —es todo lo alcanza a decir antes de negarse con la cabeza varias veces, mientras piensa “Debo estar drogado o algo...”. El conejo suspira frustradamente y dice:

—Eso temía... — de pronto, las palabras “Dame una identidad” en un tono imperativo aunque desesperado les advierten de la cercanía del monstruos. Al verlo, Alejandro se vuelve a llenar de terror... pero el frío agarre metálico de la garra mecánica del conejo lo distrae de él. —Escucha, criatura, necesito que te concentres en que el próximo golpe que le dé lo matará ¿Entendido?

—Alejandro no tiene ni tiempo de contestar o pedir una aclaración antes de que el pequeño salte a la batalla nuevamente, esta vez, con su puño mecánico envuelto en una especie de aura rojiza con la que golpea a la entidad negra, empujándola.

El joven se aleja a gatas de la batalla, los rugidos y gruñidos de esfuerzo de los combatientes en sus oídos. “Esto es una locura...”, se dice, “¿Yo un mago? ¿Que desee que su próximo ataque mate a esa cosa?” cuando se siente suficientemente lejos, oculto tras un poste de luz, se vuelve para ver cómo sigue la cosa:

—Maldita sea ¡Haz lo que te dije! ¡Este tipo no se cae!— exclama el conejo justo antes de recibir un golpe de lleno que lo lanza contra el poste frente al que usaba Alejandro como escondite... golpe visiblemente doloroso pero del que se recupera bastante rápido y parte de nuevo al combate. Es ahí que el joven se da cuenta de que no era un látigo lo que tenía el conejo en su pata delantera, era más como un plasma que brotaba de ella y se dividía en los tres apéndices... “¿Qué demonios es este conejo?” —¡Apura, extranjero, o no la contamos!

Todo el tema era absurdo.

Él solo estaba esperando a un compañero para que lo jale hasta su casa... ¿cómo es que de pronto estaba aquí, escondiéndose tras un poste mientras veía a dos anomalías pelear entre sí? “Bueno, nada de esto tiene sentido... así que quizás un sinsentido pueda tener... ¿sentido?”, sacude su cabeza para concentrarse justo en lo que pedía el pequeño guerrero... y entonces se le ocurre algo. “Será como una escena de película... no se me ocurre otra cosa...”

—¡D-Dale con un corte v-vertical! ¡C-C-Con eso lo acabarás!— El joven estaba concentrado en ello, estaba rogando que funcionara.

—Je... ¡me gusta!— exclama animadamente el conejo, quien de un salto esquiva un golpe del monstruo y llega a lo alto de un poste. Salta nuevamente, esquivando otro puñetazo y cae, azotando sus látigos, haciendo que los aros de metal caigan como espadas sobre la entidad en un corte triple.

—Dame... vida...— es lo último que logra decir la criatura antes de partirse en tres grandes retazos que rápidamente se esfuman como algún gas ante un fuerte viento. Alejandro no lo podía creer, en verdad había funcionado eso.

El conejo, parado justo frente a donde estuvo la criatura, se gira hacia Alejandro, blandiendo sus anillos sobre su cabeza con esos inusuales apéndices que se formaban alrededor de sus dedos, y sonríe mostrando varios colmillos completamente incongruentes con la imagen que el joven tenía de los conejos.

—Nada mal... aunque pudiste haberte demorado menos— dice el pequeño con un tono que sugiere buen humor— al menos fue entretenido— ya vencida la amenaza, y ante un ser visiblemente más amigable, preguntas comienzan a bombardear la mente del joven humano, pero tres prevalecen sobre las demás:

—¿Quién eres? ¿Qué era esa cosa? ¿Y dónde estoy?— la última viene del hecho de que si bien parece estar en Santa Anita, sabe que en la zona en que estaba esperando a su amigo no existe ninguna cuadra tan aparentemente infinita como en la que estaban.

—Hmm... Supongo que te complaceré— dice el pequeño, alzándose de hombros, mientras desaparecía sus aros metálicos tras de sí—. Mi nombre es Archibald, un Lapin por si nunca has escuchado de mi gente. Ya mencioné que esa cosa era un espíritu, se estaba alimentando de tus recuerdos y luego de tu miedo para conseguir una identidad, y como estaba conectado a ti, solo tú podrías darle un punto débil. Y estás en Onírca... ya sabes, la tierra de los espíritus— dice lo último como si fuera conocimiento general.

“¿Onírca, La Tierra de los Espíritus?”, a Alejandro Paredes casi se le va el color de su oscura piel al escuchar eso. Las implicaciones, pues, eran devastadoras.

—Entonces... Estoy... ¿Estoy muerto?— dice él débilmente, sintiendo que iba a desmayarse en cualquier momento. Archibald le dirige una mirada extrañada con sus rojos ojos y dice:

—¿Muerto? No, ¿por qué tendrías que estar muerto?— Al ver la confusión en el rostro del humano, el Lapin, como se dice a sí mismo, parece entender algo y le dice que ambos mundos son diferentes, aunque aparentemente tienen algunas relaciones y hasta similitudes. —Es más, yo diría que te debiste quedar dormido en una entrada a Onírica, el sueño es una forma de ingresar aquí después de todo, y fuiste captado por ese espíritu de hace rato— termina de explicar. Escuchar eso fue un alivio para el joven, al menos eso significaba que al menos podría volver a su mundo... pero...

—Espera... ¿dijiste que dormir puede traerte a este lugar?— pregunta, comenzando a preocuparse nuevamente, la idea de que dormir de pronto fuera tan peligroso no le causaba ninguna gracia. Archibald asiente y repite que uno debe dormirse en una entrada a Onírica para que funcione. “Así que me dormí en un poste mágico...”, piensa Alejandro, sintiendo que la idea era bastante ridícula, pero eso tenía otra connotación tenebrosa: “Eso significa que cualquier lugar podría ser una puerta a este lugar ¿Cuántos más podrían quedar atrapados aquí?”. Tenía que advertir a la gente de esto de alguna forma... ¿Pero quién le creería? Ni él mismo estaba seguro de creerse del todo lo que estaba pasándole.

Decidiendo que lo primero que debía hacer era volver a casa, pregunta al pequeño guerrero extraterrestre, quien no mediría ni metro y medio, cómo podría volver al mundo físico, a lo que el Lapin le responde con una maliciosa sonrisa que lo intimida:

—¿Volver? Claro que te ayudaré con eso, pero no será gratis, y ya me debes una por haberte salvado— “Fantástico, hasta los seres de otros mundos son capitalistas, y yo sin un puto real”, se dice frustrado, recordando que su última moneda se la había gastado en el chupete que compró antes de ir a esperar a su amigo. —Se nota que no eres un guerrero, así que adivinaré y diré que eres un académico— dice él de pronto. Eso último lo toma frío.

—Bueno... sí, sí lo soy, soy un estudiante de ingeniería química...— dice casi automáticamente.

—Fascinante... bueno, tu conocimiento puede sernos útil...— dice Archibald, aún sonriendo. —El trato es simple, ven conmigo a mi mundo; unos socios míos extraerán el conocimiento académico que tengas de forma segura y a cambio te ayudaré a volver a tu propio mundo, y puedes considerar pagada la deuda por tu vida también—. Eso de la extracción no le daba buena espina a Alejandro, pero la verdad es que o hacía lo que le decía este pequeño individuo o se quedaría perdido en el mundo de los espíritus por tiempo indefinido.

Alejandro, no viendo una mejor opción, acepta el trato...

—Solo espero que cumpla con su parte, Sr. Archibald— dice él, agachándose para estrechar la pata delantera que le ofrecía el conejo negro para “oficializar” el trato.

—Soy un Lapin de palabra, señor... ¿Cómo es que te llamas?— dice, y Alejandro se da cuenta de que en ningún momento se había presentado.

—Soy un humano, mi nombre es... Máximo— dice su segundo nombre cuando quiere sentirse importante, y en este momento, realmente necesitaba serlo para este pequeño alienígena si es que quería volver a casa en una pieza.

—Un gusto, Sr. Máximo— se separan y, entonces, Archibald le dice que el viaje, aunque corto, podría ser peligroso, por lo que necesitaba que el humano tenga con qué defenderse, así que extiende uno de esos apéndices de aspecto etéreo hacia atrás de sí y de ahí saca lo que a simple vista parecía un pequeño cañón, lo bastante grande como para que Máximo lo pueda usar con relativa comodidad—. Usted parece un Gigante como los de mi mundo, señor Máximo ¡incluso parece tener su alma 100% unida a su cuerpo! por lo que seguro podrá manipular esto con facilidad—.

—¿Qué fue lo que dijo sobre mi alma, Sr. Archibald?— pregunta Máximo, tomando el alargado objeto que le ofrecía el tentáculo rojizo. Era algo pesado, pero no le costó mucho entender su funcionamiento sencillo: se podría recargar por un compartimento cerca del centro del objeto y se disparaba tirando de una palanca; era obvio que tendría que apoyar el arma contra su cuerpo por el tema del retroceso, ya que parecía un arma de pólvora.

—Oh, verdad, es probable que usted no lo sepa, pero nosotros los Lapin no estamos del todo unidos a nuestras almas; eso nos permite manifestarla de formas interesantes, como esta— dice ofreciéndole un par de bolsas con lo que debería ser la munición con sus etéreos apéndices rojizos.

—¿Estos apéndices... son parte de su alma?— pregunta el humano fascinado, aunque algo incrédulo. El Lapin asiente y menciona que hay seres en su mundo que incluso parecieran estar fuertemente desligados de sus espíritus, al punto que parecen dos entidades independientes entre sí, y Máximo supo que su curiosidad comenzaba a sobreponerse a su ansiedad por volver a casa... “Tarde o temprano, volveré a mi hogar, pero parece que voy a conocer un mundo muuuy raro antes de ello... oh, amigo, las fotos que voy a tomar...”— se dice ya algo emocionado, recordando de pronto que su celular estaba en su bolsillo y aún con buena carga.

Archibald le dice que en esas dos bolsas había munición ordinaria y munición explosiva que funcionaba con pólvora, lo instruyó en una mejor postura con la que usar el arma y le advirtió que no intentara nada gracioso contra él, ya que el pequeño guerrero podría partirlo en tres antes de que él tuviera tiempo de tirar de la palanca si es que notaba intenciones hostiles. Dicho todo esto, el Señor Archi y el Señor Maxi, como comenzarían a llamarse más adelante, comienzan a andar por la calle desolada y aparentemente infinita del plano espiritual, de Onírica, hacia el extraño mundo de los Lapin.

Y mientras se alejan, una forma oscura emerge de las sombras a las que no llega la luz. La forma comienza a arrastrarse tras los dos, susurrando una y otra vez: “Dame vida”.



Urticaria

Por: Isabel Arboleyda





as!

—Estos malditos insectos— murmuro antes de quitarme el bicho muerto de mi piel. Debe de haber plaga, cada vez son más los bichos que veo por toda la casa, aunque tal vez sea ambiental, los he llegado a ver en la oficina cerca de mi escritorio. Quizá sea mejor fumigar la casa...

¡Pas! Otro más, ¿que no piensan dejarme en paz? Si hay algo que aborrezco son los insectos con sus muchas patas, sus tenazas, colmillos o lo que sea que tengan, es asqueroso. Me da escalofríos solo pensar que en la casa puede haber más de estos. Sí, quizá sea mejor fumigar antes de que sea muy tarde.

La piel sobre la que estaban esos malditos bichos ya comienza a ser una roncha supurante, ¿qué clase de parásitos son estos? Apenas y me habían tocado, no sentí que me hubieran picado, ¿o no me di cuenta? Tal vez sea mejor ponerme algo en las ronchas. Odio las ronchas.

Salgo de mi casa, y antes de llegar al trabajo paso a la farmacia a comprar lo de siempre, más algo que me calme la piel. Quizá sea mejor llevar un repelente por si acaso. Pago una gran cantidad por las medicinas, aunque admito que mi vida ha sido más llevadera desde que las tomo.

Un arsenal de medicamento para que mi cabeza se mantenga en este mundo, como si fuera tan bueno para que a alguien le interesara quedarse en él...

Salgo de la farmacia y me dirijo a mi trabajo, un aburrido empleo de oficinista que me obliga a estar sentado ocho horas al día. ¿Para esta realidad tomo esas porquerías? Tal vez sea mejor dejarlas y vivir en otro sitio a donde me lleve mi desequilibrada cabeza.

Pero no lo hago, la fuerza de la costumbre es demasiada y estoy habituado a tomar cada píldora, cada día.

Qué maldita comezón tengo en el brazo, había olvidado por un momento las ronchas, me rasco con fuerza y veo que a través de la camisa, comencé a sangrar. Quizá sea mejor aplicar la pomada antes de ponerme a trabajar.

Me siento en el escritorio y saco la medicina para mi piel. Me arremango la camisa y me doy cuenta de que hice bien en comprarla pronto, pues las ronchas, lejos de estar enrojecidas, se han puesto de color morado y segregan pus. Qué asco, definitivamente fumigaré la casa lo antes posible.

Me aplico el medicamento y me dispongo a pasar ocho horas de mi vida frente a un monitor, sabiendo que son horas que nunca voy a recuperar.

Al volver descubro que hay más insectos por toda la casa, así que decido llamar al día siguiente al fumigador. Esa noche me cuesta dormir con todo y las píldoras que se encargan de eso, la comezón en el brazo no me deja conciliar el sueño, así que me levanto y voy al baño a mojar me la cara y a aplicarme más pomada. En cuanto enciendo la luz y me descubro el brazo veo que las ronchas no han mejorado, y por la fuerza de mis uñas he abierto la piel y sangran bastante. Me quito la playera para lavarme y veo con asco que tengo más piquetes por todo el torso, los brazos, en las manos e incluso un par en el rostro. Todos ellos supuran una especie de pus transparente, parece saliva... Me da tanto asco que vomito, aunque supongo que no había mucho en mi estómago porque lo que vomito es agua, o al menos parece agua, pero es más viscosa y me cuesta sacarla de mi cuerpo, como si estuviese pegada por dentro. Me doy un baño y tallo con fuerza todo mi cuerpo, como si así pudiera quitarme esta piel llena de ronchas, como si así pudiera quitarme esta maldita comezón...

Vuelvo a la cama y trato de dormir, aunque no por mucho, pues suena el despertador avisándome que debo llamar al fumigador e ir a trabajar.

Afortunadamente. el hombre que controla plagas responde mi llamada y promete venir hoy mismo, le dejaré la llave bajo una maceta para que pueda hacer su trabajo. Mientras tanto, yo dormiré esta noche en un hotel, si es que el escozor de mi piel lo permite. Está cada vez peor, y en vez de disminuir las ronchas, parecen ser cada vez más grandes; incluso al vestirme siento como se moja la camisa con la pus transparente que segregan. Preparo una pequeña bolsa con algo de ropa

y me voy al trabajo. Cuando llego ahí nadie me pregunta por la bolsa, nadie pregunta nada nunca, a menos que sea necesario. Es extraño, pero tranquilizador no socializar con nadie aquí. Paso ocho horas con gente de la que apenas sé su nombre cuando mucho. Es mejor así, nadie quiere estar con un esquizofrénico, aunque este sea funcional. Y eso que no saben qué hay bajo mi camisa, de ser así estoy seguro que les causaría aún mayor repulsión.

Trabajo, me rasco con fuerza la piel que escuece, trabajo dos horas, trabajo cuatro horas, trabajo ahora también las piernas, trabajo ocho horas. Es tiempo de ir a casa. ¡Ah no! Hoy no iré a casa, casi lo olvido, iré a un hotel esta noche, si es que puedo conciliar el sueño. Tal vez sea mejor tomar más pastillas para dormir, aunque no es lo más recomendable, claro. Aunque si no despierto, ¿importaría demasiado? Tal vez no, pero estoy acostumbrado a despertar, así que lo mejor sería hacerlo mañana también; olvidaré la idea de tomar más pastillas, al menos no esta noche.

Tengo suerte, consigo un hotel económico que no está tan mal, hasta tiene vista al río. Parece que hoy por fin podré dormir, la cama es cómoda. Acomodo mis cosas, aplico la pomada una vez más aunque parece no servir absolutamente de nada, tomo mis píldoras y me meto en la cama.

Son las náuseas las que me despiertan, corro al baño y vomito una vez más esta agua viscosa dentro de mí, aunque esta vez también hay sangre en el vómito. Es extraño, se parece a lo que supuran mis ronchas. Estas ronchas que me molestan tanto, que dan tanta comezón. Me miro en el espejo y lo primero que veo son mis ojos inyectados de sangre, supurando pus transparente, también sale de mi nariz y mancha mi playera de dormir.

Cuando bajo la vista descubro que está llena de sangre, ¿me estuve rascando toda la noche? Parece que sí, porque mi piel sangra, está llena de jirones de piel suelta, y mis uñas están manchadas también. Al ver con detenimiento, alcanzo a percibir un movimiento en el lavabo del hotel cerca de mi mano. Es otro insecto. ¡Maldita sea! ¿Me están persiguiendo o qué? ¿Acaso se colaron con mi ropa? ¿En mi portafolios? ¿En la bolsa?

Cuando levanto la mano para matar al bicho me doy cuenta de que no hay nada en el lavabo, qué extraño, estaba seguro de que lo vi. Giro mis manos y veo que el insecto está en ella, pero antes de poder hacer otra cosa, este se mete por debajo de una de mis uñas. ¡No! No puede estar dentro de mí, no lo permitiré. Tomo unas pequeñas pinzas de depilar, cortesía del hotel, y arranco con ellas la uña por donde se metió el maldito parásito. No lo veo, así que rasco con mis uñas el dedo, la mano, el brazo, pero sigo sin verlo. Esta maldita comezón...

Rasco hasta dejar mi piel completamente ensangrentada, ya no hay piel, solo se ve lo que hay debajo de ella, pero sigo sin encontrar el maldito insecto. Por fin lo encuentro, pero no es uno, son más. Rasco todo mi cuerpo en su búsqueda y, con horror, veo que bajo las ronchas, bajo la piel que voy quitándome con las uñas, que está lleno de insectos, yo estoy lleno de ellos. Creo que el agua ayudaría a quitármelos de encima, así que me meto a la regadera, pero no hay agua, abro el grifo del lavabo pero aquí tampoco hay agua. Sigo rascándome, ya no hay piel que quitar de mí, ni siquiera la de mi rostro, pero sigo teniendo comezón, todo mi cuerpo escose, necesito agua, necesito algo que me calme, ya no lo soporto.

Voy al cuarto y busco algo que calme la comezón, pero sé que la pomada es inútil, necesito agua. Veo el río a través de la ventana así que salgo corriendo del cuarto, del hotel, y me dirijo hacia el río, me zambullo en él, pero el agua no me calma, nada me calma, sigo rascándome, sin salir a respirar, aunque ya no haya piel alguna que rascar...

—¿Te pasa algo?— pregunta el policía a su compañero mientras estudia la escena en el río —has estado rascándote todo el día.

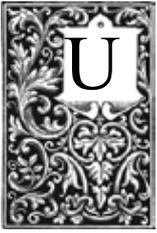
—No, solo tengo algunos insectos en mi casa, es posible que alguno de ellos me haya picado mientras dormía dice mientras continúa echándole un vistazo al cuerpo sin dejar de rascarse.



El hombre que nombra

Por: Merlín Chambi





na leve corriente de aire lo despertó de su profundo sueño.

Tendido en el suelo, por la voluntad de alguna caprichosa divinidad, se encontraba él, sin noción alguna de su propia existencia, presente como un conjunto de órganos en funcionamiento ocupando un espacio en ese lugar.

Luego de abrir los ojos, reflexionó mirando lo infinito que se expandía en el cielo. Le tomó mucho tiempo comenzar a comprender su propio ser. Casi al llegar el final del día, había logrado mover algunos dedos de la mano y reaccionar levemente ante los cambios de temperatura.

Sintió el hambre y la sed, razones que lo obligaron a acelerar su comprensión de sí mismo. Dentro de algunas horas podía mover un brazo, el cuello, hacer algunas muecas y finalmente mover las piernas.

Como una grotesca marioneta, comenzó a mover algunas extremidades al mismo tiempo aleatoriamente como una danza extraña al ras del suelo. Al cabo de algunos minutos logró un avance importante: sintió que se había desplazado.

Absorto en sus pensamientos, aún sin comprender en su totalidad el origen del desplazamiento, volvió a agitarse en el suelo más frenéticamente descubriendo que el principal motor de ellos era el movimiento de sus extremidades inferiores.

Al tercer día pudo erguirse en dos piernas.

Parado en el centro de una gigantesca estancia, yacía el hombre en medio de un laberinto gigantesco. A falta de enormes muros con intersecciones infinitas, había gigantescas montañas de objetos, tantos como los números podían tolerar. Hora tras hora, el hombre recorría los pasillos observando los objetos en silencio sin reconocer ninguno, tan solo podía mirarlos.

El hambre y la sed se hacían insoportables. Pasado el quinto día, el hombre había recorrido cientos de pasillos; algunas veces había llegado a ver una nueva pila de objetos, y en otra, los mismos montones que había observado anteriormente. De manera instintiva comenzó a coger algunos de esos objetos y llevárselos a la boca. Probó muchos por varias horas. Algunos eran de textura suave, otros rugosos. Algunos poseían algún tipo de sabor y otros eran imposibles de romper. Al llegar la tarde, su necesidad de alimento y bebida lo tenían al borde de la locura. Miró hacia otros lados buscando algún objeto que no había probado hasta aquel momento y vio una pequeña esfera roja en el borde de una de aquellas montañas de cosas.

Trepó hasta la parte más alta y la cogió. Con un sentimiento similar a lo que nosotros comprendemos por esperanza, el hombre se llevó el objeto a la boca y lo masticó. La suavidad de su contenido y el abundante líquido en su interior provocaron en el hombre una sensación que, hasta aquel momento, había sido desconocida: la alegría. Con la esfera roja en la mano, sentado en una de aquellas “montañas”, sintió un repentino remezón desde sus interiores. Algo mágico e invisible empezó a manifestarse dentro de él y, casi sin darse cuenta, unos extraños sonidos comenzaron a salir de su boca, ruidos repetitivos, exhalantes y de sensación agradable. La risa lo tomó por sorpresa.

Asustado, emprendió un rápido descenso llegando hasta el suelo, el cual consideraba seguro e intentó producir sonidos. Ese fue el inicio de todo.

El hombre sabía que pronto sentiría hambre nuevamente, también sabía que necesitaría más objetos como el que cogió para poder satisfacerse. El problema era que, para llegar a ello nuevamente, tendría que volver a probar muchas de las cosas que había cogido con anterioridad. Miró a su alrededor y vio uno de aquellos objetos duros que intentó morder, necesitaba identificarlo, necesitaba darle algún distintivo. Entonces el hombre inventó el nombre.

Se paró en su propio lugar, temerariamente se acercó al objeto y lo señaló, como una especie de ritual para dar una orden muy importante, con su dedo índice muy cerca del objeto, el hombre emitió un sonido. Desde aquel momento, ese objeto tuvo un nombre.

Maravillado por su descubrimiento, el hombre echó a correr por los pasillos buscando objetos que podría reconocer con la mirada. Cuando encontraba alguno, se detenía y le daba un nombre. Miles de objetos comenzaron a ser clasificados por el hombre y poder ser usados en funciones distintas.

Cada objeto que era nombrado le producía una sensación de salvaje placer. Al darle un nombre a todo, poseía el control de lo que veía. En unas cuantas semanas, una gran parte del laberinto había sido clasificado.

Ahora no se sentía ni débil ni indefenso. Podía reconocer todo lo que veía, había memorizado todos los nombres. Todo era suyo, nada se escapaba de su control. Pero así como el hombre había conocido el placer, pronto se encontraría con una nueva sensación: la codicia.

Pasaron los años y el hombre ya había ordenado aún más su sistema de nombramiento. Ya no se trataban de gruñidos y gemidos, ahora estos eran estructurados y ordenados. Algunos objetos eran clasificados de manera independiente y otros por parecidos a otros objetos siempre manteniendo la raíz del nombre inicial para que no se escape de su control. Durante ese tiempo, el hombre había llegado a la conclusión de que aquel laberinto era infinito. Esta idea, lejos de preocuparlo, hizo que su ambición aumentase aún más. Si el laberinto era infinito, las montañas de cosas en él también lo eran, y si él podía nombrar cada cosa que viese, lo infinito sería de su propiedad.

En base a aquel silogismo, el hombre recorrió miles de pasillos más, siempre nombrando y nombrando más cosas. En cada nombramiento estaba el placer de obtener algo nuevo. Se sintió el dueño absoluto de todo, todo en aquel laberinto era nombrable, por lo tanto, todo era de él. O al menos eso creyó.

Una mañana, como tantas otras, el hombre se levantó del suelo luego de despertar. Erguido bípedamente, comenzó a hacer un inventario rápido de todo lo que estaba en su rango visual. Nada nuevo, todo ello ya era conocido. Satisfecho, echó a andar nuevamente en busca de nuevos pasillos con objetos que iría nombrando a medida de que los veía como ya era su costumbre. Por seguridad, dio otro barrido rápido con la mirada en su entorno para confirmar que todo estaba en su lugar, cuando entonces lo vio.

La extrañeza y el desconcierto eran sensaciones que el hombre había dejado de experimentar hace mucho, pero estas se apoderaron de sí nuevamente. Se acercó a lo que había visto, y con asombro vio que era algo nuevo. La novedad lo atraía, esa era la principal razón de su codicia y obsesión al nombrar un objeto y sentirlo como suyo, pero esto era diferente.

Sintiéndose en un inicio desconcertado por la repentina aparición de aquel nuevo objeto, el hombre se acercó a él con aire triunfal, estaba a punto de ser dueño de una nueva pertenencia. Levantó el dedo e intentó darle un nombre. Pero el nombre nunca existió.

Angustiado ante su falta de ideas, buscó y buscó en su cerebro algún nombre nuevo, pero no existía. Intentó la segunda fórmula que tantos resultados le había dado: asociarlo. Pero tampoco hubo resultado. El objeto era sencillamente innombrable.

Avergonzado, herido en su orgullo y profundamente preocupado, el hombre cogió otros objetos y lo ocultó debajo. Se dio media vuelta y buscó un nuevo pasillo que recorrer.

Para su gran sorpresa, sí pudo nombrar los demás objetos nuevos que había ido viendo durante aquel día. Para la llegada de la tarde, otro tanto de nuevas cosas habían pasado a su disposición. Satisfecho nuevamente por su ejercicio de poder, el hombre volteó hacia atrás y vio que, a lo lejos, estaba el pasillo que lo conectaba con aquel objeto innombrable. Por más que intentó, en ese segundo intento tampoco pudo darle un nombre. Doblemente humillado, cubrió nuevamente el objeto de su vista.

No pudo dormir bien. Durante la noche, los sobresaltos eran continuos y por su cabeza no dejaba de pasar la figura de aquel objeto innombrable. Se obsesionó y angustió a la vez. Ya no era el dueño de todo, había algo que escapaba de su capacidad para nombrar. Pensando en ello, de pronto sintió el pánico ¿y si no era el único objeto?



Trepó por una de las pilas de objetos más grandes que estaba cerca hasta su cúspide y vio que el laberinto se perdía en el horizonte con infinitas montañas de objetos. ¿Y si mientras iba explorando más allá se encontraba con pasillos llenos de objetos que no podía nombrar? El miedo llenó su mente. Desesperado, comenzó a bajar de aquel gigantesco montículo cuando de repente, una pisada mal hecha hizo que se precipitara al suelo en medio de una lluvia de cosas.

Se levantó frotándose las partes adoloridas y miró al suelo sin saber que hallaría la solución a su problema. En el piso, miles de fragmentos yacían desperdigados. Fragmentos que venían de objetos que antes habían estado íntegros, pero que por culpa de la caída del hombre, estos se habían quebrado.

El hombre jamás había visto un objeto roto, por lo tanto, le dio un nombre rápidamente. Como no pudo reconocer todos los pedazos de los diferentes objetos, le dio un nombre general a todas las piezas quebradas, pasando a ser un nuevo grupo en su clasificación. Al pensar en ello, levantó la cabeza rápidamente y miró en dirección al objeto innombrable. La solución era muy simple: tenía que romperlo.

Sabía que, al romper el objeto innombrable, el nombre que le daría a sus despojos sería el mismo que recibiría los despojos de cualquier otro objeto, por lo tanto, este pasaría a ser suyo. Y esa también sería la solución a problemas similares en el futuro.

Visiblemente alegre, el hombre cogió el objeto innombrable y lo estrelló en el suelo. Cientos de pequeños pedazos se regaron por el suelo y su sonido retumbó por toda la habitación. Extasiado, el hombre lo señaló y lo nombró. Ahora sí estaba satisfecho.

Sin embargo, el sueño tampoco fue plácido. Tenía pesadillas con aquel objeto que fracasó al nombrar en la primera vez, sabía que había cometido trampa al sentirse impotente por no poder encontrar un nombre. La duda lo corroyó todos los días siguientes. Había dejado de recorrer pasillos nuevos, solo se concentró en aquel objeto falsamente nombrado por su transformación. Finalmente se rindió.

Angustiado, dejó de comer y beber. Solo se recostó en el suelo pensando en cómo había fracasado su lenguaje. No había sido posible nombrar todo y ello había desafiado toda comprensión suya posible. Necesitaba reinventarlo todo, reconocerlo todo, empezar todo nuevamente para evitar fallos como ese.

Tendido en el piso, el hombre se durmió por un gran tiempo. Suficiente como para olvidarse de todo lo aprendido y algún día volver a despertar para reinventarlo.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



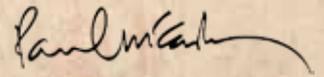
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú